

LA HONRA

Mujer



JESUS GARCIA LAOUE

ARCH

MEYERSON

LA HONRA DE LA MUJER.

Magne Sabjes

LA HONRA
DE
LA MUJER

NOVELA DE COSTUMBRES

ORIGINAL DE

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

.....
SEGUNDA EDICION.
.....

TOMO I.



MADRID.
IMPRESA DE ROQUE LABAJOS, EDITOR.
CALLE DE LA CADEZA, NÚM. 27.
1873.

REINADA

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.



El mundo llama deshonra á mi desgracia.



LIBRO PRIMERO.

AFRENTA SOBRE AFRENTA.

CAPITULO PRIMERO.

¿Cuál era su delito?



Todo el que conozca la costa de Cantabria se habrá detenido sin duda en un pueblo que besan las olas, encantador por su poética posición y por la pintoresca amenidad de sus alrededores.

Este pueblo es Castro-Urdiales, puerto de refugio muy considerado por los navegantes de aquella costa.

Castro-Urdiales, como todo pueblo de algun vecindario, tiene un hospital. Encuéntrase este hospital á poca distancia de la villa, en el camino de Bilbao, y desde el camino puede verse perfectamente á través de una verja de hierro que da entrada á un jardinito. Se cruza el jardinito y se entra en el hospital. No léjos de este murmura el mar entre las peñas de color gris que por aquel lado forman la orilla.

El horizonte que desde allí se descubre es hermoso por cualquiera parte que se mire.

Una mañana de Mayo, alegre como la sonrisa de un niño y pura como la mirada que brota de la pupila de una virgen, llenaba los espacios de luz despues de varios dias de no interrumpida lluvia, cosa muy frecuente en aquel país.

Hacia poco tiempo que habia amanecido cuando á la puerta del hospital apareció una mujer.

Tendria veintitres años, y aunque indudablemente á esta edad es cuando se está en la plenitud de la vida, en el rostro de aquella se veia impreso cierto decaimiento que revelaba dolores profundos y amargas penas.

Su figura era en extremo interesante, y nadie, habiéndola visto, hubiera podido pasar indiferente á su lado. Aquel rostro atraia una mirada de compasion y curiosidad á la vez; su expresion angelical, tierna y melancólica, hacia pensar en una historia de lágrimas.

Aquella mujer era alta, un tanto delgada, pálida y de cabello rubio. Habia en sus pupilas cierto desvanecimiento que da la tristeza, unido á cierto brillo que da la hermosura; estaban como bañadas en un tinte crepuscular. La mañana vertia en ellas su resplandor, que al reflejarse adquiria más luz y más vida. Sus mejillas debian haber sido sonrosadas, pues quedaba allí como una huella de ese color. Su boca rasgada y graciosa mostraba en cada uno de los extremos esa raya sombría y oblicua que imprime la amargura en el rostro de los que sufren mucho. Sus rojos y húmedos lábios se entreabrian de vez en cuando para dejar que saliese un suspiro profundo y elocuente. Sobre la frente de nácar veíanse ondular rizos de oro que formaba el sedoso cabello. Sus manos finas, delgadas é inmóviles parecian tener la frialdad del mármol. Su níveo cuello tomaba á menudo esa

dulce inclinacion que demuestra candidez é inocencia.

Habia salido del edificio en actitud de alejarse de allí, pero á los pocos pasos, de pronto se paró.

Alzó algo el rostro abatido, miró hácia la derecha, por donde se veian las casas altas de la poblacion sobresaliendo entre el follaje, se pintó en todas sus facciones un dolor intenso, lanzó un suspiro sonoro y prolongado, y exclamó entre sollozos, volviendo á dejar caer la cabeza:

—¡Ay, sociedad, sociedad, qué cruel eres con tus víctimas!

Levantó un pliegue del manton de abrigo con que cubria su cuerpo, ocultó entre aquel pliegue su semblante, y al volver á erguirle se pudo notar una ardiente lágrima en sus ojos.

En seguida tomó un aire de decision y echó á andar hácia la verja de hierro que daba salida al camino.

Al llegar allí dió la casualidad de que un carruaje pasaba por la carretera, arrastrado por dos fogosos caballos negros.

El carruaje era de lujo y descubierto.

Iban dentro de él, muellemente reclinados y respirando felicidad, una jóven elegantemente vestida, acompañada de un jóven que iba á su lado en actitud cariñosa. Ambos parecian ser dichosos. Miraban el azul del cielo á través de las ramas de los corpulentos álamos.

El coche pasó ligero como una exhalacion.

Poco despues solo quedaba por aquella parte del camino un ruido que se se extinguia y un remolino de polvo que iba desvaneciéndose... cosas ambas en que llega á resolverse la vida: ¡ruido que se extingue! ¡polvo que se desvanece!

La mujer creyó contemplar una aparicion fantástica. Vió

sin ser vista, y se sintió como dominada de un éxtasis. Después se apoderó de ella una fuerte agitación y exclamó:

—¡Loca de mí! ¡Por dónde iba á marchar! ¡Este camino suele estar lleno de gente, y todos me reconocerán!... Iré por la orilla del mar esta primera media legua... Por ese sitio no me verá nadie. Marchemos. ¡Hoy hay que andar mucho!

Y se volvió hácia atrás sin haberse asomado á la verja siquiera. Pasó junto al hospital, trepó sobre las ruinas de unas tapias, atravesó una huertecita y de pronto vió á sus piés las olas del mar, revolviéndose bruscamente entre los rudos peñascos, que de vez en cuando se coronaban de espuma.

Se detuvo unos instantes y miró el mar inmenso, sereno y dilatado, cuyo espectáculo pareció consolarla.

Bastaba verla para conocer en seguida que bajo el manton y sobre el brazo izquierdo ocultaba cuidadosa un bulto no muy grande.

Una vez en aquel sitio retirado, donde ninguno podia verla, volvió á ocultar su rostro entre el ancho pliegue del manton y suspiró después.

Hay semblantes que dicen más que la más interesante historia; hay suspiros que revelan algo espiritual que no cabe dentro del estrecho círculo del lenguaje, y que por lo tanto es imposible expresarlo con palabras.

Así era el semblante de aquella mujer, y así era también su suspiro.

Comenzó á andar, alejándose del pueblo.

De vez en cuando miraba hácia atrás con amargura; de vez en cuando volvía también la cabeza hácia ambos lados, temiendo que desde tierra ó desde mar la viese alguno.

¿Por qué sería aquel temor? ¿Qué daño podría haber hecho aquella mujer angelical á la sociedad, á quien temía tanto y que tanto daño la hacia?

Algunos siglos atrás decia el destino al oído de un desgraciado:

—¡Anda! ¡Anda!

Entonces decia al oído de aquella:

—¡Huye! ¡Huye!

Y la mujer obedecía.

El ser débil es un delito que el mundo no perdona nunca; al que es débil le afrenta, después le desampara; si esto todavía es poco, le aplasta por fin.

La desgracia para él no es más que una forma de la debilidad.

Se llama desgraciados á los que han caído.

¿Por qué aquella desgraciada habia de huir del mundo? La pureza de una vírgen brillaba en sus pupilas; la inocencia de un ángel resplandecía sobre su frente.

Ya sabia ella por qué huía.

El mundo es injusto, pero su fallo es inapelable.

Tomó la orilla del mar con aire abatido y triste; ora saltaba de peña en peña, ora daba un rodeo, á lo que le obligaban los recodos de la costa. Llegó al camino que conduce al arenal, que entonces consistia en un estrecho sendero por el que apenas podrian andar juntas dos personas, y pasó por él ligera; allí era fácil encontrarse con alguno. Al pié del arenal se detuvo á descansar un momento, sentándose sobre un fragmento de roca de poca altura. Se hallaba algo fatigada y necesitaba unos instantes de reposo. En su faz habia muestras que claramente dejaban comprender que

la joven estaba convaleciente de una enfermedad penosa.

Se prepara á cruzar aquella dilatada extension de arena.

¿Habeis caminado por algun arenal? Cuando por alguno cruceis, reparad que viene á ser lo mismo que caminar por el mundo: vais andando, imprimís en el suelo la huella de vuestro pié, queda detrás de vosotros la marca que habeis dejado, pero poco á poco os alejais, aquella señal que creeis tan profunda, ó ha sido borrada por el mar, ó ha sido deshecha por el viento.

Una vez en aquel sitio, desdobló su abrigo, y entre él apareció dulce y sonriente el apacible rostro de un ángel que dormia. Revelaba en su sonrisa cuál era su sueño: soñaba en la gloria.

Sobre las mejillas del niño rodó una brillante lágrima que se desprendió de los ojos de la mujer.

Aquella lágrima ardia. El niño empezó como á despertarse. La mujer le dió un tierno beso y volvió á quedar dormido.

Tenia aquel beso algo de la gloria y el niño siguió soñando con ella.

Presentábase á la vista un cuadro que á cualquiera hubiera hecho pensar.

Un ángel con la faz vuelta al cielo, de donde no hacia mucho tiempo debia haber bajado... una mujer joven y hermosa que inclinaba sobre él la frente, y que al mirarle, unas veces parecia disipar su pena, otras veces parecia aumentar su dolor... el aire temeroso que esta mostraba en su semblante... el camino que la mujer emprendia... la soledad y el silencio, solo interrumpido por los suspiros de aquella y por los sollozos del mar... Todo se reunia de tal modo y



—¡Pobre hijo mio! Hoy sonries... ¿Sonreirás mañana?

formaba tan armónico conjunto, que hubiera excitado el interés de cualquiera por indiferente que fuese.

La mujer de pronto exclamó:

—¡Pobre hijo mio! Hoy sonries... ¿Sonreirás mañana? ¡Ay! ¡Quién lo sabe!

Se levantó y siguió su viaje, volviendo á ocultar el rostro del niño entre los pliegues del manton.

Al fin del arenal le fué preciso atravesar un brazo de mar de poco fondo; se descalzó, echó al hombro sus gruesos zapatos y ganó la orilla opuesta; volvió á calzarse y siguió adelante. Se mojó algo su oscuro y viejo vestido de percal ordinario, y esto le daba un aspecto más miserable. Su manton era de esos toscos y fuertes que antes se usaban entre las mujeres del pueblo, de lana, con listas blancas y negras.

Se paró al pasar junto á un jardin sin cerca; cogió una rosa de cien hojas que acababa de abrirse, despues de haber estado mirándola largo rato; descubrió al niño y le dió á aspirar su perfume; el niño parecia alegrarse. Luego se puso á aspirarle ella misma.

Creyó oir voces al otro lado del jardin, y corrió hasta entrar en el camino real.

Iba distraida en repartir entre el angelito y ella el aroma de la flor, cuando se le figuró oir que á su espalda llamaban á alguno. Puso atencion y se aseguró de que pronunciaban su nombre. No quiso mirar hácia atrás y aligeró el paso.

Dejó á su espalda el pueblecito de Mioño.

Al llegar á la altura de Onton sintió que le faltaban las fuerzas y fué á sentarse sobre un banco de piedra cercano á una casita aislada que se alzaba á la derecha del camino.

El día estaba cada vez más hermoso. El sol iba tomando fuerza y la naturaleza palpitaba de júbilo.

Se abrió una de las ventanas de la casita, y una cascada voz de vieja exclamó apenas la viajera hubo oído el ruido de la vidriera:

—¿A dónde va la buena mujer?

Esta se estremeció.

Primero estuvo por huir. Por fin se detuvo. Pero no sabía al punto qué contestar. Cierta turbación se apoderó de ella.

—¿Pero no me ha oído? ¿A dónde va Vd.? insistió la vieja.

Hay ocasiones en que una pregunta es mil veces más terrible que una acusación.

La mujer, alzando la vista y mirando á su interlocutora, respondió:

—¡A cualquiera parte donde me mantengan por mi trabajo...!

—¿De dónde viene Vd.?

La interrogada volvió á estremecerse y á turbarse.

—Vamos, por lo que observo, se me figura que Vd. no oye bien, repuso la vieja levantando la voz. Ese es un pequeño defecto... ¿Quiere Vd. quedarse aquí de criada? Precisamente ahora estoy sin ella.

La jóven se puso en pié y con el rostro encendido murmuró:

—Sí... ¡gracias! ¡gracias!

Y copioso llanto bañó sus mejillas.

—Pero ¿qué es lo que lleva Vd. ahí? preguntó la dueña de la casa reparando en el bulto que la viajera ocultaba cuidadosa.

—¡Un niño!

Y diciendo esto, la jóven le descubrió y se ahogaba en sollozos.

—¿Se llama Vd. Emilia? interrogó vivamente la vieja.

—¡Sí! contestó casi sin aliento la interpelada.

—¿Y no tiene Vd. vergüenza en presentarse aquí?

La ventana, despues de dicho esto, se cerró bruscamente.

Emilia, con su niño en brazos, cayó al suelo ahogada entre sollozos.

¿Quién era Emilia?

CAPITULO II.

Viaje de recreo.

El día que esto tenía lugar era domingo y el primero de la Pascua llamada de Pentecostés. Con este motivo había seguidos dos días de fiesta.

Por aquella época vivían en Castro-Urdiales tres jóvenes de buen humor.

Julio era el de más edad; el que le seguía, Heliodoro, y el más joven de todos, Alfonso.

Solían andar siempre juntos. En los bailes, en el teatro, en todas las diversiones, cosas que por allí abundan, formaban, por decirlo así, círculo aparte; pero bullendo entre todo el mundo, confundiéndose entre el gentío y alborotando cuando llegaba el caso.

Traían al pueblo en continuo movimiento. Ya se improvisaba una fiesta campestre, ya se organizaba una merienda, ya se llevaba á cabo una excursión á los pueblecitos cercanos, por tierra ó por mar.

El mayor de ellos tendría veinticuatro años; Heliodoro veintidos, y Alfonso veinte ó veintiuno.

Julio y Alfonso pertenecían á familias ricas del país. Heliodoro era forastero; compañero de Julio en Madrid, habíanse estrechado mucho entre ambos los lazos de la amistad.

Julio era de los tres el más simpático y parecía el de menos años. Sus ojos eran negros, vivos, penetrantes é inquietos; era alto y delgado y vestía con elegancia; de carácter afable, de rostro risueño, fácil de convencer, tenía á veces ocurrencias de niño; pero de genio alegre, donde quiera que él estaba introducía la algazara y el bullicio; no siempre sus ocurrencias eran pueriles; á menudo hallábanse en sus palabras rasgos de hombre profundo. Su familia era de las más distinguidas. Tenía una hermana llamada Carolina que brillaba por su singular hermosura. Carolina, joven también alegre y vivaracha, tenía diez y nueve años: era el punto donde convergían todas las miradas de las gentes del pueblo. Los muchachos decían al verla pasar: «¡Qué buena novia!» Las viejas, aunque no la viesan, cuchicheaban por lo bajo: «Dicen que Fulano se casa con ella...» y el nombre de este Fulano variaba cada veinticuatro horas. De modo que llegaron á atribuirle por novios á todos aquellos que en disposición de serlo se encontraban. La verdad es que aun no había tenido ningún amor, ó por lo menos no había datos con que poder asegurarlo. Volviendo á Julio, este tenía un ídolo, que era Heliodoro; le tributaba verdadera veneración: Heliodoro para él era infalible; cada una de sus palabras equivalía á una sentencia; se había hecho amigo suyo al principiar la carrera y á poco de conocerse ya vivieron juntos. Más bien que su amigo era su esclavo; se sometía al más insignificante de sus caprichos, creía firmemente sus más estupendas afirmaciones, y cuando le veía dudar de al-

go que á la generalidad de las gentes parece indudable, repeta: «Este Heliodoro es digno de admiracion.»

Era Heliodoro uno de esos tipos que suelen abundar hoy en los grandes centros de poblacion; pero que hace algun tiempo eran casi desconocidos, ó por lo ménos existian en muy pequeño número.

De seguro que todos habeis encontrado en el camino de la vida á alguno de estos farsantes. Aparentan no abrigar creencias ni sentimientos; cuando alguno habla de Dios, ó del amor, ó de la honra, ó del cariño, ó de la amistad, ó del deber, se sonrien; aseguran que nada hay sagrado; se moñan de todo aquello que es más respetable; fingen estar siempre aburridos; se jactan de no haber tenido amor á ninguna mujer; gozan derribando todos aquellos ídolos á que la humanidad rinde culto; si oyen hablar de la existencia del alma, exclamarán como indignados: «¡Niñerías!» Sus teorías, á fuerza de raras, llegan á ser infames; si se habla de patriotismo, les oireis decir: «El primer deber del hombre es aborrecer á su patria.» Si se trata de alguno, victima de una passion, ellos dicen: «Hay necesidad absoluta de odiar al que nos ame.» Si se habla de quien ha sido víctima de un deber ineludible y se ha sacrificado por una cuestion de honor, dirán: «Bien merecido lo tiene; en este mundo hay que ser lo peor que se pueda. ¡Qué tonto! ¡Ir á sacrificarse!

Uno de estos séres era Heliodoro.

Al caer entre el cieno del mundo no han levantado de él sus ojos y no ven la luz del dia, el azul del cielo. Todo para ellos no es más que sombra.

Se comete una grande accion, se tiene noticia de un gran rasgo de virtud, ¿y qué es lo primero que se les ocurre pensar

á esos desgraciados? «Algo habrá, no será verdad todo cuanto aparece. Conviene no deslumbrarse. Permanezcamos á la expectativa y dudemos entre tanto.»

Muchas de estas aberraciones á que nuestro tipo se entregaba tendrán para nuestros lectores explicacion en cuanto les digamos que Heliodoro habia seguido la carrera de medicina.

Julio y Alfonso habian seguido la de abogados.

Alfonso, como hemos dicho, era el más jóven de todos. Aunque habia cursado las leyes, de ellas era de lo que menos se habia ocupado. Habia tambien estudiado en Madrid, y vivió en compañía de los anteriores dos años antes de terminar los estudios. Era de carácter bondadoso, franco, sencillo, aunque algunas veces solia hallársele algun tanto pensativo. Era sentimental, apasionado, alegre ó triste segun las circunstancias; el más pequeño dolor le abatía; la más insignificante emocion agradable le volvía loco. Era el polo opuesto de Heliodoro; así es, que á veces no se miraban muy bien. Sin embargo, Julio servia de eslabon para unirlos. De este modo se sostenia aquella relacion trabajosa á causa de la contrariedad de tendencias entre Heliodoro y Alfonso.

Para el uno la vida era un premio, puesto que existia la dicha y era fácil gozarla abrigando tranquilidad en la conciencia; la inmensidad era gigante y grandiosa; la primavera, poética; las flores, embriagadoras con sus perfumes y con sus matices; la extension de los mares, espectáculo consolador para las almas que sienten vacilar su fe; el amor, divino; la mujer, un ángel; la aurora, un rayo de ventura; la noche, un misterio entre cuyas sombras se agita una brisa

placentera; la virtud, una diosa á quien debia adorarse; el honor, celeste llama que á ningun precio se debia dejar extinguir.

Para el otro la vida no era ni premio ni castigo. Aseguraba que era solamente el hombre una resultante de la fuerza obrando sobre la materia. La eternidad era un mito; donde se cree la inmensidad no existe más que el vacío; donde se ven fuerzas mayores é insuperables no habia más que una fascinacion de nuestros sentidos; pero esta fascinacion solo la tenian los caractéres débiles, pues para los genios pensadores no habia nada inexplicable. El hombre, que es uno de los séres más débiles de la creacion, era el que más aguzaba su instinto para conservarse y para defenderse, y de aquí dependia eso que llaman inteligencia, lo cual nada tenia de divino. Para Heliodoro solo podia hallarse una fuerza única y una materia única. Esta fuerza era principalmente resultado de la cohesion y del roce. La materia era siempre igual, siempre la misma; pero aparecia diversa en sus manifestaciones. Entre todos los séres no existia más diferencia que en la forma ó sea su modo de estar, y en el nombre, que es una de las manifestaciones de la forma. El árbol, la roca, el ave, la arena, el perro, el caballo, la flor, el hombre, todo era lo mismo; la mayor ó menor densidad de las capas superpuestas y la mayor ó menor separacion ó cohesion de las moléculas, era lo que diferenciaba unas esferas de otras, á unos séres de otros séres. Cada uno de estos últimos debia procurar el mayor acumulamiento de vida antes de descomponerse entre la masa comun, y de aquí nacia lo que se llamaba egoismo en el sér humano.

Esta série de ideas, que Julio escuchaba con la boca abier-

ta, le alucinaban y procuraba aprenderlas, pues en su concepto daban á Heliodoro cierta importancia.

A Alfonso, á pesar de esto, siempre profesó Julio el mismo acendrado cariño.

La verdad es que á Heliodoro le admiraba; pero á Alfonso le queria.

Los tres amigos hacia un año que habian acabado sus carreras, y se preparaban á volver á Madrid á ejercerlas en cuanto pasaran los rigores del estío.

Entre tanto se divertian.

Heliodoro era siempre el más grave.

El sábado anterior á la citada Pascua se le ocurrió decir:

—¡Amigos míos! Ya sabeis que mañana y pasado mañana son dias de fiesta. Sabeis que tenemos ofrecido un baile en el salon del teatro á las *pollas* de esta poblacion. Ya estarán arreglando sus galas para asistir á la fiesta. Ya estará cada una echando cálculos de con quién dará las vueltas del primer wals ó bailará el rigodon. Pues bien, nosotros aquí somos los necesarios; somos los únicos piés útiles con que se cuenta para todas las diversiones; y luego, al fin y al cabo, estas muchachas son guapas en verdad; pero siempre las mismas. ¿No os cansa circunscribir vuestros favores á media docena de damiselas? ¿No os da pena estar siempre oyendo el mismo timbre de voz, estar á todas horas pronunciando los mismos nombres, tener en nuestras conversaciones el mismo asunto, viendo sin cesar delante las mismas caras? Vamos, amigos, que esto es vergonzoso en nosotros, que tenemos fama de no dar tregua jamás á la alegría. ¿No os va cansando ya esta monotonía insufrible? Es cierto, lo leo en vuestros ojos. Tenemos que dar un chasco á nuestras ami-

gas. He pensado una cosa: ajustemos un coche, y mañana al romper el día nos vamos á Bilbao á pasar la Pascua, y acaso á Madrid si queremos que el chasco sea mayúsculo. Vereis cómo lloran á lágrima viva; será cosa de oirlas. ¿Os gusta mi plan?

—¡Bien! dijo Julio.

—¡Bravísimo! gritó Alfonso con más entusiasmo.

—¡Pues á ponerlo en práctica! añadió Julio impaciente. En la Barrera nos le alquilarán. ¡Vamos allá, muchachos!

—¡Pero, silencio; que no olfateen nada! La gracia está en la sorpresa, repuso Alfonso, interesándose más en el asunto.

—Eso es lo principal, dijo Heliodoro por su parte.

—¡A la Barrera! exclamó Julio.

Y los tres se dirigieron al punto indicado.

Ajustaron un coche de cuatro asientos, con encargo especial de guardar el misterio.

Cuando amanecía el día siguiente, el coche estaba parado en el pintoresco sitio que se conoce con el nombre de Brazo de Mar.

Los caballos piafaban impacientes.

Poco despues los tres jóvenes ocupaban los asientos del carruaje, que se alejó por el camino de Bilbao levantando una corona de polvo como señal de triunfo.

El contento y el júbilo llenaban aquellos tres jóvenes corazones.

Alegráales la fresca brisa de la mañana; los sollozos de la espuma desvaneciéndose en la orilla; los murmullos del follaje que se columpiaba; las nubecillas blancas que cruzaban el éter; los gorgeos de las aves que ensayaban su voz

entre las ramas; los repiques de campanas de las aldeas que por un lado y otro inundaban los aires.

¡Qué de exclamaciones! ¡Qué de gritos no salieron de sus labios! ¡Qué de emociones no agitaban sus pechos!

Perdieron de vista el mar y volvieron á encontrarse con él en el puertecito llamado Dícido. ¡Nuevas exclamaciones, nuevo entusiasmo!

Alfonso, tendiendo la vista á un bosquecillo que dejaban á la derecha, preguntó á sus compañeros:

—¿Os acordais de la romería que se celebra aquí todos los años?

—Ya sabia yo que habias de hablarnos de ella, contestó maliciosamente Heliodoro.

No volvieron á ocuparse más de tal cosa.

Llegó el coche á la altura de Onton y volvió á verse de nuevo Castro-Urdiales en medio del azul inmenso del mar y de la blanca espuma de las olas.

La alegría creció.

—¿Qué harán nuestras amigas? ¿Cómo han de figurarse dónde estamos?

—¡Bien van á rabiarse cuando lo sepan!

Como si desde el lejano pueblo pudieran verlos, los jóvenes, al lanzar estas exclamaciones, agitaban sus pañuelos blancos, asomándose á las ventanillas del carruaje.

Volvió á perderse de vista el azul horizonte, pues en aquella costa parece que la naturaleza se divierte en presentar y ocultar á cada instante ese cuadro inmenso é inimitable, misterioso é infinito, que se llama el Océano.

Pasado poco tiempo encontrábanse los tres amigos á muy poca distancia de Somorrostro.

Entonces de repente empezó á gritar Alfonso por la ventanilla que daba al pescante:

—¡Mayoral, mayoral! ¡Para inmediatamente!

El ruido del vehículo, el rumor incesante de las campanillas de los caballos que trotaban y el pesado compás de una canción monótona que desde la salida del pueblo iba repitiendo el conductor, impidieron oír á este la voz de quien le llamaba.

Alfonso volvió á repetir:

—¡Mayoral! ¡para! ¿No has oído?

Y exclamando así bajó el cristal y tiró al cochero del chaqueton con que ceñía su cuerpo.

Este se volvió, suspendiendo una canción que empezaba:

¡Ay! ¡ay! ¡ay! que me muero de pena...

y exclamando:

—¿Qué me querían Vds.? ¿Me llamaban?

Continuó su canción sin aguardar la respuesta:

por una que tiene
la cara morena.

—¡Para, condenado! gritó Alfonso impaciente esforzándose cuanto podía.

—¿Qué páre?

—Claro, hombre; ¿bablo en ruso?

Entonces el mayoral, dando á sus caballerías altas graduaciones militares, como *capitana* y *coronela*, las tiró de las riendas y las detuvo, empezando á cantar:

¡Ay! ¡ay! ¡ay! que me muero penando
por una que lleva
las trenzas colgando.

—¡Acabáras de una vez! ¡Mal haya tu fastidiosa canción y mal haya también tu sordera! dijo el joven abriendo la portezuela y saltando á tierra.

—¡A quién se le ocurre ir á pararse en este sitio! ¿Qué diablos le pasa? murmuró el mayoral con cierta curiosidad mezclada de enfado.

—¿Pero á dónde vas, hombre? ¿Te has vuelto loco? ¿Qué haces?

—¿Puede saberse qué miras?

Decían los compañeros de Alfonso observando atentamente la actitud de este y preparándose á seguirle:

—¡Esperad! ¡esperad! ¿No veis aquello? dijo Alfonso indicando con la mano hácia una especie de glorieta que había á la derecha del camino y algo retirada.

En efecto, un espectáculo extraño se presentaba á la vista en el expresado paraje. Varios árboles daban sombra á un pradillo pequeño y circular, tapizado de yerba menuda y suave reverdecida por la primavera. Por un lado brotaba de entre los árboles un raudal de agua clara y bulliciosa, que cayendo en el suelo serpenteaba luego entre la lisa alfombra. No lejos del sitio donde la fuente caía de golpe había un banco natural que formaba el terreno. Sobre este banco estaba desmayada una mujer de sorprendente belleza y de expresión abatida. En medio de su desmayo apretaba contra el pecho á una criatura angelical, y la opresión iba siendo más de la conveniente, pues era la criatura de muy poca edad, y aquella mujer casi la ahogaba.

Esto era lo que había llamado la atención de Alfonso.

Desde luego conoció que aquella mujer estaba sin sentido.

Apenas salió del coche corrió hácia ella.

Después sus amigos le imitaron.

Aquella mujer era Emilia.

Refrescaron su frente con agua del manantial por ver si volvía á recobrar el sentido. Sacaron al niño de su situación peligrosa, los colocaron en el carruaje, subieron ellos también, el mayoral hizo estallar su látigo y el coche volvió á rodar.

Alfonso miraba á la pobre mujer y se entristecía.

Heliodoro reparaba en la actitud de Alfonso y parecía sonreirse.

Por fin llegaron á Somorrostro.

CAPITULO III.

Niñerías.

Los carruajes que cruzaban aquel camino solian y aun suelen mudar de tiro en el citado pueblo.

Allí hay una casa á la orilla misma de la carretera, cuyo piso bajo tiene solo dos departamentos. El uno dedicado á los tiros; el otro á los viajeros que acostumbran á entrar, y á calentarse al fuego en tiempo de invierno.

Frecuentemente se encontraban en aquel punto los viajeros que iban á Bilbao con los que le habian dejado horas antes. Con este motivo entremezclábanse unos con otros, charlaban un rato y se entretenian hasta que pasaba el tiempo de parada, y cada mayoral iba en busca de los suyos.

Entonces los viajeros ocupaban sus asientos, y cada coche se alejaba por su lado hasta perderse ambos de vista.

Los dueños de aquella casa eran dos personas honradas en toda la extension de la palabra.

Eran queridos de todo el pueblo.

El se llamaba José María, y su mujer Rafaela.

Tendria él cuarenta y cuatro años. Su fisonomía era noble

y adusta; de elevada estatura, de rostro moreno y altamente simpático, de palabra ruda, pero afectuosa á la vez, de expresión franca y espontánea; de mirada tranquila y serena, de esas que nada ocultan. Todos cuantos le conocían le adoraban.

Más de una vez había sido el paño de lágrimas que enjugó las de alguna familia infeliz.

Su carácter era inflexible, dulce y severo al mismo tiempo. Era el alcalde del pueblo.

Su mujer fué siempre, en verdad, la que llevaba el peso de la casa.

Tenia fama de hacendosa y trabajadora, y nadie podría negar que lo era.

La vida de ambos esposos iba deslizándose tranquila. Anhelaban que se acercase el momento de la llegada de las diligencias para distraerse con los viajeros.

José María, si no por su mujer sería solo en el mundo. No tenía padres ni hermanos. Tampoco tenía ningún hijo.

Un hermano que tuvo, que fué marinero, había muerto hacia bastante tiempo.

Más de una vez Rafaela rogó á los santos que le pareció más oportuno les diesen un hijo, pero los santos se hicieron los sordos y no tuvieron á bien acceder á las súplicas de la alcaldesa.

En cambio todos los chicos del pueblo eran sus hijos, y profesaba, sobre todo á las criaturas de pocos años, un cariño grandísimo.

Siempre tenía que haber algún niño en aquella casa, pues Rafaela, á falta de hijos propios, tomaba los ajenos para prodigarles sus halagos y sus caricias.

Cuando Rafaela se acercaba á su marido con algún niño en brazos diciéndole:

—Mira qué hermoso, hazle una caricia, José María algunas veces se incomodaba y otras se sonreía con cariño.

El día que ningún angelito, como Rafaela decía, andaba por aquella casa, allí sin duda faltaba algo; no había quien jugase con las palomas, que revoloteaban por las habitaciones de un lado á otro, ni con el gatito, que estaba muy formal sentado á la lumbre, ni con los soldaditos de plomo, que el alcalde había encargado á algún mayoral.... no había á quién regalar el blanco gorrito nuevo que acababa de hacer Rafaela con el mayor cuidado del mundo.... no había cielo á donde mirar. Era uno de estos días, y los dos esposos se hallaban de mal humor.

Hasta la tarde anterior había hecho muy mal tiempo, y por lo tanto los niños no habían salido de sus casas.

Ya estaban impacientes por volver á contemplar el rostro de la inocencia, la sonrisa de la felicidad.

No negueis que en un niño hay mucho de divino.

Se ocupa el hombre de los más áridos negocios que le agitan, se encuentra en las más difíciles situaciones que en la vida pueden presentársele; aparece un niño, y todos los cálculos cayeron por tierra,

Aquella torre de Babel que en la frente humana proyectaba su sombra, se vino en un instante al suelo.

Una casa sin niño es un espacio á donde no llega el sol.

Hay grandes dolores, sonríe el niño, y la negra tempestad se desvaneció al primer brillo de aquella sonrisa.

Un niño es un problema, pero un problema que se os presenta por su lado bello.

¿Qué es lo que le espera á aquella alma que se adormece en el fondo de las azules pupilas?

¿Va tal vez á cruzar por un camino lleno de abrojos? ¿Va á correr acaso por una pradera cubierta de flores?

¡Ay! ¡quién lo sabe!

Aquel niño es una esperanza, esperanza de algo feliz, de algo dichoso.

En aquella mente infantil se vislumbran dorados ensueños; un porvenir cargado de perfumes y de armonías; horizontes dilatados donde el vuelo de la imaginación puede tenderse á su gusto; algo de luz más clara que la del día; algo de pureza más pura que la de la aurora.

¿Será la realidad aquello, ó será la realidad este pobre mundo que le aguarda abajo?

Aquello que el niño cree porvenir no es más que recuerdo; aquel cielo que ve es el sitio de donde baja; aquella luz que vislumbra es la claridad que le bañaba; aquel horizonte sin límites es el que va alejándose de sus ojos... esa sombra que ve á sus piés es la tierra que se prepara á recibirle, oscura como la boca de un abismo.

Así es que en el principio de su vida el niño no sabe andar; no tiene fuerzas para sostener esa gran miseria que lleva encima y que se llama cuerpo humano; aunque tuviera fuerzas, sus piés tropezarian con todo. A cada paso un estorbo le entorpecería la marcha. Pocos instantes se pasarían sin que una profundidad no se abriera á sus piés.

Iria á arrojarle al agua del turbulento Océano creyendo que aquel azul era el del cielo; echaría la mano á una rama para apoyarse en ella, y aquella rama sería un espino que desgarraría su delicada mano.

Así es que al principio se le sostiene en brazos; luego se le pone en andadores; más tarde se le ayuda á marchar; por último se le deja solo. Creemos que ya sabe cruzar el mundo, pero nos engañamos; eso se aprende muy tarde.

Hasta el último extremo de nuestro viaje vamos tropezando.

Solo al terminarle es cuando no encontramos ningun obstáculo. Echamos la planta, y no encuentra fondo en el vacío. Este vacío se llama tumba.

Como sabemos, José María y Rafaela estaban algo tristes. Cuando vieron venir un coche que se acercaba tuvieron un verdadero placer.

José María dijo á su esposa:

—No es hora de que venga ninguna diligencia... ¡y cuidado que hasta el anochecer falta tiempo todavía!

—¡Ah! conozco ese carruaje. Es un coche de Castro-Urdiales que suelen alquilar de vez en cuando. Ya ha cruzado antes de ahora por aquí, repuso Rafaela.

—¿Quién vendrá? Le dirige Blasillo.

—Aguarda un poco y pronto saldremos de duda.

Unos minutos despues el carruaje paraba á la puerta de la casa de José María.

En cuanto hubo parado, el mayoral echó pié á tierra, suspendiendo una canción andaluza; abrió una de las portezuelas, y entre él y los jóvenes sacaron á la mujer desmayada y al niño, introduciéndolos en la casa.

—José María, esto hemos encontrado en la fuente de las Acacias, dijo el mayoral, con quien parecía tener confianza el alcalde.

Desde luego la alcaldesa se interesó por aquella mujer y su hijo, y no cesó de prodigarles todo aquello que creyó necesario en semejante situación.

Blasillo se ocupó en relevar el tiro que debía conducir el carruaje hasta Bilbao.

Colocaron á la pobre jóven en una cama sencilla y limpia, y Rafaela, cogiendo al niño y llenándole de besos y abrazos, no cesaba de repetir á su marido:

—¡Ya estoy contenta; ya estoy contenta! Mira cómo sonrie.

CAPITULO IV.

Palabras de sobremesa.

De los tres jóvenes, Alfonso era el que miraba con más interés á aquella mujer desdichada.

Púsose á su cabecera, y solo se separó de allí cuando sus amigos le hicieron salir al camino, donde habian hecho colocar una mesita y se preparaban á comer al aire libre.

Rafaela fué entonces la única que quedó encargada de la custodia de la enferma.

Esta aun no habia recobrado el sentido.

Ya sabemos que Heliodoro era médico.

No se paró mucho á reconocerla, y sin más que tender hácia ella una ligera mirada, exclamó, con la indiferencia que le era característica:

—No es nada: pasará en seguida ese desmayo. Sin duda la fatiga ha sido su causa. No hay que apurarse.

Y sin volver á ocuparse de semejante cosa comió con sus amigos tranquilamente.

Alfonso, por el contrario, pareció preocuparle aquella mujer hermosa, jóven y de rostro abatido, encontrada por acaso,

poseida de un desmayo, en un lugar donde tal vez nadie, á no haberse fijado él, la hubiera visto. Por otra parte, pensaba en el niño que llevaba en sus brazos, niño de muy poca edad, que habia estado espuesto á perecer oprimido contra el pecho de su madre.

Para Alfonso, á través de aquel semblante, en el que se mezclaban el brillo de la juventud y la sombra de la pena, revelábase triste é interesante una historia.

Tal vez á su pesar pensaba en ella demasiado. Quizás se acordaba del niño y sus pupilas se oscurecian más.

Julio dijo:

—Leo en tu pensamiento. Tu rostro me está diciendo la más recóndita de tus ideas, amigo Alfonso. ¿A qué piensas más en eso? Nada, nada, no te preocupes, caro filántropo. ¿O es que te has enamorado ya? ¡Cualquiera cosa es de creer en tí! ¡Si eres rarísimo! ¡Vamos, vamos, alza esa cabeza! ¿No ves que el tiempo se pasa? ¡A comer! ¡a hablar de nuestros asuntos! ¡de nuestro porvenir! ¡de nuestra futura vida en la corte! ¡Pues no tenemos pocas cosas de qué ocuparnos!

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Tendria que ver! ¡seria posible! exclamó Heliodoro, fijándose en Alfonso, que en aquel momento hacia un esfuerzo y sonreia y tomaba actitud de entrar de lleno en la conversacion de sus amigos.

—Teneis razon ¡si soy...! ¿Qué tendré yo que ver con esa jóven? ¡Absolutamente nada! ¡Me ha dado lástima! ¿Y bien...? Ya se pasó la primera impresion. Ya tiene á la señora Rafaela á su lado para que la cuide. En esta casa no le faltarán atenciones. ¡Qué bien hemos hecho en traerla aquí! ¡Qué hubiera sido de ella si llegamos á dejarla en el campo! ¡Se acabó, amigos! ¡Si comprendo que tengo un carácter insu-

frible! cualquiera cosa me entristece. Ya veis, no me voy satisfecho si antes no sé quién es esa mujer, cómo se llama y por qué la hemos encontrado en aquel sitio y á dónde iba... en fin, en fin, ¡locuras! ¡hay que alegrarnos! ¿No es verdad que estas perdices están buenas? ¡Oh! ¡Este chacolí reanima que es un gusto! ¡Bien, hablemos! ¿Con que dentro de dos horas estaremos en Bilbao? ¡Ea, vaya el segundo trago! ¿Deciais...? ¡Ah! hablábais de lo que vamos á hacer en Madrid: pues sí, debemos irnos ahora sin volver á Castro: ¿para qué? ¿Para tornar á aburrirnos? ¡Es cosa hecha! ¡Dentro de tres ó cuatro dias en Madrid! Hemos de procurar pasarlo lo mejor posible. Ya vereis, ya vereis; sé que estas damiselas á quienes abandonamos van á poner el grito en el cielo, van á desesperarse, van á insultarnos y van á maldecirnos una y mil veces; pero ¡no importa! ¡adelante!

Y Alfonso, hablando así, tomó un aspecto enteramente contrario al que hasta entonces habia tenido.

Atropellándose sus ideas, se precipitaban ligeras; cierto desórden se apoderó de sus pensamientos, y todo esto, por más que él no lo creyese, no hacia más que revelar la impresion que le dominaba.

—¡Eso me gusta! ¡Bien por tí, magnífico Alfonso...! ¡Voy creyendo ya en la salvacion de tu alma! ¿Con que te alegras? ¡Qué risa; pero me da más risa que te pongas triste! Bien, hombre, bien; veo que te regeneras; que te haces hombre práctico; que prefieres el vino á la filosofía y la risa á la tristeza; que quieres borrar en tu mente el pasado para entrar más pronto en el porvenir; que la voz del *ayer* no te dice nada, la del *hoy* te dice algo y la del *mañana* te dice mucho. Brindo, pues, por el amigo Alfonso. ¡Hablas de Madrid!

¿Y qué vas tú á hacer en Madrid? ¿Te vas á andar en melindres como *in illo tempore*? ¡Pues bastante adelantábamos! Tienes que dar vuelta á tu pellejo, tienes que exprimir tu corazon y dejarlo vacío para llenarle luego con lo que te plazca. Si me prometieras formalmente enmendarte, ya haria yo de tí un chico aprovechado; pero si te andas como antes por las ramas, entonces sí que es tiempo perdido.

Así exclamó Heliodoro, notando la variacion que en su compañero se efectuaba, y dando rienda suelta á sus sentimientos, que no trataba de ocultar en lo más mínimo.

—¿Qué debo hacer pues? Yo os imitaré, haré lo que hagais. Ese será el modo de que acierte.

—No me disgustan esos propósitos. ¡Te aconsejo que aproveches tus momentos lúcidos! repuso Heliodoro dirigiéndose á Alfonso con una carcajada.

—¡Já, já! prorumpió este estrepitosamente. ¡Ahora sé que estaba loco!

Alfonso menudeaba los tragos. Heliodoro y Julio se hacian señas por debajo de la mesa, y miraban á menudo á su compañero; luego entre ellos se cruzaban miradas.

—¡Programa de la vida futura! gritó Julio tratando de metodizar la conversacion.

—¿De la vida futura? interrogó Alfonso sin saber lo que decia.

—De la vida futura; ¿crees tú en la vida futura? dijo Heliodoro.

—¡Que si creo, vaya si creo!

—¡Con que crees! La vida futura es un buen plazo para expedir letras á larga fecha; ese plazo me gusta. ¿Cuántas me tomas?

—¡Siempre blasfemo!

—¿Blasfemo? No me incomodo, porque no eres tú el que habla.

—Todavía no ha llegado ese caso.

—¿Con que dices que no? Esa es la mayor prueba de que ha llegado ya. La principal manía de los borrachos consiste en negar que lo están.

—¿Yo borracho? Tú no sabes lo que te hablas.

—¿Que no sé lo que hablo? ¡Voto vá...! decir eso á un hombre que expediria letras á cobrar en la vida futura...

—Os admiro, compañeros, dijo Julio interviniendo en la conversacion, ¡Pero cuánto disparate estais diciendo! ¡Cómo desbarrais! ¡Pido un programa de vida para realizarlo en cuanto lleguemos á Madrid!

—¡Programas! ¿Y quién hace caso de programas? Eso ya es antiguo; los bárbaros no le tenian y destruyeron el Imperio romano; pero tú eres legista; por lo tanto, te agradan las constituciones, los reglamentos; ¡nada de constitucion! ¡Nada de orden!

Los tragos menudeaban más de lo regular.

—¿Y por qué no hemos de optar por un desórden ordenado? indicó Julio.

—¡Tiene este razon!

—¡Opino como tú!

—Pero ¡cómo perdemos el tiempo! La mañana está apacible, está muy á propósito para raciocinar.

—¿Raciocinar? ¿No es mejor beber?

—¿Beber? ¿Y quién no brinda? Antes he brindado por tí; ahora brindo por el emperador de la China.

—¡Bravísimo! ¡Este Heliodoro siempre igual!

—¡Señores, vida nueva! Hasta hoy hemos tenido algo de esclavos; unas veces nuestros estudios, otras veces nuestras familias, otras nuestros amores, nos han tenido atados en cierto modo, y ya sabéis que en este punto soy quien debe tener menores remordimientos. Todos sabemos, y estamos de ello plenamente convencidos, que el que siente un poco en este mundo es el destinado á ser víctima. Nada, pues, de sentimientos; no son más que antiguallas. ¿Que Guillermo roba á las sajonas? ¡Dejémoslo rodar! ¿Que Sócrates es mártir? ¡Buen provecho! ¿Que César es calvo? ¡Que risa! ¿Que Descartes se vuelve loco con sus torbellinos? ¡Vaya un gusto! ¡A nuevos tiempos, nuevas ideas! El burlarse es de buena sociedad, el entristecerse es de mal tono. Nuestra próxima vida ha de estar conforme con los tiempos que corremos. No tendremos palabra, no tendremos fe, no tendremos afectaciones, no tendremos compromisos, no nos ligaremos á nada; seremos completamente libres, como lo es el aire en el espacio y el pez en el infinito del agua. ¿No os parece bien? ¡Que ni una carta nos ligue á los demás seres! Si nos dan alguna cita no acudiremos á ella; acudiremos en cambio á las que no nos den. Si prometemos alguna cosa, hagámoslo solo con la intencion de no cumplirla. Si procuramos que una mujer nos ame, procuremos tambien no amarla, ó si esto llegara á suceder, sea solo por un dia; es el único modo de sacar algo del mundo. ¡Nada de lujo! porque el sentimiento es un lujo y nada más.

—¡Admirable! ¡Sublime! ¡Arrebatador! ¡Eso es hablar! ¡Eso es verdadera filosofía! Este Heliodoro siempre es el mismo. Has estado inimitable. Así me gusta, que tengas siempre la misma fe en tus convicciones. Yo pienso como tú.

Tus argumentos hace mucho tiempo que me han convencido. Vayas á donde vayas en tus raciocinios, yo iré tras de tí, porque tu ciencia es infalible.

—¿Infalible? ¡y tanto como lo es! Nadie que por ella se guie será desgraciado. Desde hace algun tiempo sigo los consejos que ella me dicta y os puedo asegurar que marchó perfectamente. Va una diferencia entre vuestro amigo de hoy y vuestro amigo de hace algun tiempo... Antes habia cosas que me afligian, cosas que me amargaban, cosas que me hacian meditar. Hoy echo á rodar con la mayor sangre fria todo aquello que antes lograba preocuparme. Aquel tiempo pasó. ¡Viva la alegría! ¡Nueva vida, compañeros! ¡A perdernos entre la confusion y el gentío de Madrid! ¡Qué gran ocurrencia la de haber emprendido este viaje! Ha sido una buena idea, un progreso. Antes decia *adios*, y me ponía triste y casi lloraba; hoy digo entre mí *al diablo*, y me quedo tan satisfecho. Algunas veces mis queridas ninfas han hecho lo mismo conmigo... ¡favor por favor! ¡no erraron el golpe!

La forzada alegría de Alfonso habia ido poco á poco desapareciendo, y ya inclinaba este su rostro con cierta languidez, mientras que sus compañeros conversaban vivamente.

—¿A cuántas has amado, Heliodoro?

—A ninguna.

—¿Cuántas te han amado?

—Todas aquellas á quienes he hecho un desprecio; ese es el mundo.

—¿A cuántas has seducido?

—A todas aquellas que sabia yo que me amaban ó me

aborrecian. Son dos favores que deben ambos pagarse en la misma moneda.

—¡Cuando digo que eres admirable...! No se me olvida tu aventura de aquella noche de invierno fría, negra y lluviosa... ¿Se te ha olvidado?

—No recuerdo á qué te refieres...

—La aventura de la calle de la Luna...

—¡Ah! Sí, no había vuelto á acordarme de semejante cosa. ¡Qué buena fué!

Y Heliodoro pronunció estas palabras poseído de un verdadero entusiasmo en cuanto hizo memoria del hecho á que Julio aludía.

Sin embargo, pareció conmovirse un poco á pesar suyo.

Encima precisamente del sitio en que estaba colocada la mesa donde los viajeros comían, caía una ventana que estaba abierta, en la cual jugueteaba la brisa meciendo algunos claveles y algunas rosas.

Cuando al citado punto de la conversacion llegaban los amigos, un grito desgarrador se oyó en aquella ventana acompañado de esta expresion:

—¡Ah, infame!

Heliodoro, Julio y Alfonso levantaron la cabeza y miraron hácia el sitio de donde salía la voz.

Vieron allí dibujarse la faz de Emilia, y quedaron como clavados.

Heliodoro palideció y pareció pintarse en su rostro un recuerdo.

Aun no había vuelto en sí cuando el mayoral, que acababa de enganchar el tiro, gritó haciendo estallar el látigo:

—¡Señores, al coche, que ya es hora!

Los tres se levantaron y fueron hácia el carruaje.

Sin embargo, Alfonso, á quien aquella voz parecía haber mostrado un nuevo horizonte, no acababa de decidirse á subir el estribo.

Fija su vista en el rostro de la jóven, que mostraba una expresion desesperada y lanzaba de sus ojos un rayo de cólera, estaba indeciso sin saber qué partido tomar.

Mostraba deseos de correr hácia la habitacion en que Emilia se encontraba y pedirla la explicacion de aquel grito de dolor y de sorpresa.

El mayoral subió al pescante y el coche empezó á ponerse en movimiento. Julio tiró del brazo á su amigo y le hizo ocupar su puesto; la portezuela se cerró, los caballos iban ya al trote y el coche se alejó entre el polvo y el ruido que al rodar formaba.

Emilia, hincando sus uñas en el dintel de la ventana y retorciéndose contra ella con desesperacion, murmuró entre dientes con un acento de profunda amargura:

—¡Infame! ¡infame!

Luego, dejando caer la cabeza entre las manos, se ahogaba en sollozos.

CAPITULO V.

Curiosidad fundada.

¡Cuál no sería la curiosidad de Rafaela al presenciar aquella escena extraña é inesperada!

Los jóvenes habian dicho al entregar aquella mujer que no la conocian y que por lo tanto no sabian ni de dónde partia, ni á dónde caminaba; que la habian encontrado no lejos de Somorrostro, en un paraje algo retirado del camino; que habian mandado parar el coche y la habian metido en él con el niño, con intencion de dejarlos en la primera casa que encontrasen; que la casa de José María era la primera con que habian dado, y por lo tanto allí habian determinado dejarla mientras recobraba el sentido.

Rafaela y José María, que tambien este observaba cuanto estaba pasando, se perdian en dudas y no acababan de explicarse cuanto ocurría.

Rafaela no dejó á Emilia ni un momento sola desde que hubo entrado en su casa y desde que fué instalada en la alcoba, donde debia permanecer en tanto que volvía en sí.

Cuando el rostro de Emilia fué tomando expresion, cuan-

do se conocia que la vida iba afluyendo á su semblante, cuando sus párpados se entreabrian heridos por un rayo de sol que penetraba á través de los cristales y bañaba el rostro angelical dándole divinas formas y prestándole un tinte encantador y melancólico, la alcaldesa respiró satisfecha y una apacible sonrisa asomaba á sus labios. Tenia en brazos al niño de la mujer desmayada. Le habia puesto en cuanto entró algunas ropitas nuevas y un gorrito blanco como la nieve.

Cuando la expresion de vida fué siendo mayor en Emilia, Rafaela acercó al rostro de la jóven el del niño, y entonces la mujer desmayada, sintiendo sobre sus labios aquel celestial aliento, se incorporó en el lecho como movida por un misterioso resorte, cubrió de besos al angelito que habia logrado acabar de reanimarla y luego miró en torno suyo con extrañeza, desconociendo por completo el lugar en que se veía.

—¿Dónde estoy? ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que ha pasado por mí? ¿Dónde me encuentro? ¿Cuánto tiempo ha trascurrido? ¿Quién ha recogido á mi hijo y me lo ha traído aquí? ¿Me conocen en esta casa? ¿Saben cómo me llamo? ¿Saben lo que he hecho? ¿Me persiguen todavía? ¿Ladra por ahí algun perro? ¿Han mordido á mi hijo? ¿Le han maltratado?

Y estas palabras salian de los labios de la jóven como un torrente impetuoso.

Unas se precipitaban á otras, se entremezclaban y se confundian. Hablaba atropelladamente.

Emilia no sabia lo que le pasaba.

Hay en la vida instantes en que parece que se borra todo aquello que estaba grabado en la mente.

Las formas, los colores, las palabras, todo se convierte en vacío.

Parece que el Universo se elimina á sí propio y desaparece.

Ya no hay rumores, ya no hay séres, ya no hay vida.

Por lo tanto, ¿de qué nos sirve tener ojos si no vemos, oídos si no oímos, labios si no hablamos, tacto si no tocamos?

Todos estos sentidos se someten á una atrófia invencible y fatal.

Aquello no es un éxtasis, porque el éxtasis nos absorbe en una idea y nos eleva en ella.

Es un desmayo; es casi la antítesis del éxtasis.

Sentimos que en derredor nuestro hay mundos que giran, séres que viven, luz que brilla, y dentro de nosotros no existe nada de esto, sino, por el contrario, un desvanecimiento profundo, una oleada, por decirlo así, del inmenso mar del vacío infinito, que nos sumerge bajo sus incoloras, invisibles é impalpables capas.

¡Todo fuera! ¡dentro, ni siquiera el desierto! ¡solo la nada que nos sumerje y nos alienta á la vez!

Pero llega un momento en que un roce misterioso hiere una fibra delicada de nuestro ser: el roce de esa fibra nos estremece al principio y luego pone en movimiento las demás. Torrentes de luz inundan nuestra fantasía, que sorbe avara aquellas ondas luminosas. Sonora armonía se precipita en nuestro cerebro y le exalta. Oímos voces que nos siguen por todas partes. Nuestros ojos contemplan la armonía de los mundos. Entonces tanta vida nos abrumba; tanta afluencia de impresiones nos abate, nos cansa, se divierte con nosotros, nos hunde; todo se revuelve, todo se mezcla, nada se delinea

bien, se pierden los detalles, los límites se confunden, las cosas se aglomeran, la confusión crece de punto, y el espíritu, agitado por tan horrorosa tormenta, sacudido por tan violento huracán, se retuerce en su centro, y se rinde por fin, juguete del destino, en brazos del águila que le sujeta ó le da libertad á su gusto.

Llega á dominar el caos y se enseñorea algún tiempo de su conquista.

Todo esto tuvo lugar en Emilia cuando recobró la razón. La lucha fué tremenda.

Verdad es que la situación en que se encontraba no era para menos.

Cuando oyó contar á Rafaela el motivo á que debía el encontrarse en aquel sitio, Emilia exclamó:

—¿Con que dice Vd. que debo la vida de mi hijo á esos jóvenes?

—Sí; abajo están comiendo; ya se irán de un momento á otro. No dejarán de subir á verla antes de que se vayan. A ellos debe Vd. estar agradecida.

—Ah ¡sí! ¡sí! ¡correré á darles las gracias! ¡Pobre hijo mío! Sin tí, ¿qué hubiera sido de mi vida? ¡No quiero pensarlo! ¡Voy, señora, á arrodillarme delante de ellos por tan gran favor como me han hecho!

—¡No! ¡no! ¡cálmese Vd! ¡yo les haré subir! ¡seréne! ¡no se inquiete! Tome Vd. á su hijo entre tanto; y diciendo esto Rafaela la entregó el niño y se levantó de la silla en que estaba sentada, disponiéndose á ir hácia la ventana para llamar á los jóvenes viajeros.

Entonces precisamente es cuando Julio preguntó á Heliodoro si se acordaba de la aventura de la calle de la Luna.

Los tres amigos hablaban alto.

Emilia oyó la pregunta y aplicó el oído tomando una actitud verdaderamente arrogante.

Cuando oyó la voz de Heliodoro y se hubo enterado de su contestación, saltó del lecho con un aire de leona herida.

Rafaela quedó atónita al reparar la impresión que en su huésped hacían las palabras de Heliodoro.

Emilia corrió á la ventana, y al fijar su vista en Heliodoro es cuando lanzó aquella exclamación que tan á tiempo habían escuchado los tres amigos.

Después que el coche hubo partido, al ver la aflicción de Emilia, repuesta la mujer de José María de su sorpresa, se acercó hácia la joven y procuró consolarla.

Subió José María y los esfuerzos de los dos esposos fueron inútiles.

El niño, tendido sobre una cama, lloraba en aquel momento, lo cual aumentaba la ansiedad inspirada por semejante escena.

Ni el alcalde ni su mujer acababan de atinar ni aun de sospechar la verdadera causa de todo aquello.

¿Por qué Emilia llamaba infame á uno de los que le habían prestado tan gran servicio?

¿Por qué había sido tan grande la emoción de la joven al oír la conversación que los alegres viajeros sostenían?

¿Cómo se explicaba que Emilia conociese á uno de ellos si ninguno de estos sabía dar razón de quién ella era?

¿No había aquí un misterio? Indudablemente.

¿Pero qué misterio podría ser?

¿Acaso el joven aludido no era el que con más indiferencia miraba á la mujer y al niño?

¿Estaba tal vez aquella mujer en su razón, ó se hallaba poseída de algún delirio?

La palabra *infame* no cabía duda que iba dirigida á uno de aquellos tres jóvenes ante quienes, según había dicho, iba á ponerse de rodillas en prueba de agradecimiento.

¿Cómo aquel cambio?

¿Qué tendría pues que ver con ellos?

Verdaderamente que había motivos para despertar la curiosidad de José María y de su esposa.

CAPITULO VI.

Dos corazones que se comprenden.

Rafaela en seguida volvió á coger al niño y no cesaba de darle besos.

Estaba pues en sus glorias.

En otra ocasion no hubiera pensado más que en él, pero en la ocasion presente no podia menos de excitar su curiosidad la anterior escena.

En cuanto la agitacion de Emilia se hubo calmado algun tanto, la alcaldesa aprovechó la primera oportunidad para averiguar el misterio que en aquella mujer habia.

Por más que conocia que todas las preguntas que llevaban el fin de enterarse de quién era su huésped a herian á esta, al fin y al cabo era mujer y de ningun modo podia resignarse á seguir en aquella ignorancia en que estaba con respecto á la vida de la desconocida jóven.

Pero la oportunidad no tardó mucho en presentarse.

Rafaela y Emilia no se ocupaban más que de la tierna criatura. ¿Pero cómo hablar de un niño sin hablar siquiera una vez de su madre?

Rafaela, á pesar de sus reparos, desde que José María le hubo dicho sin que la huésped a lo notara: «No la preguntes quién es: ¿no ves que trata de ocultarlo? Si su desgracia consiste en su nombre, no procures indagarle,» no perdía medio que pudiera conducirla á satisfacer su curiosidad. Una vez Emilia exclamó:

—¡Angelito mio! ¡Oh! ¡Si te hubieras muerto ahogado entre los brazos de tu madre! Si no por tí no viviria yo en el mundo... por él vivo, señora, puede Vd. creerme. Esta vida seria para mí una cadena insoportable, cuyo peso difícilmente podrian sostener mis fuerzas. Yo, amiga mia, soy muy desgraciada y este angel es mi único consuelo. ¡Pobrecito mio!

—¿Dice Vd. que es muy desgraciada? Confie Vd. en Dios, que calma todas las penas. Usted tiene siquiera una dicha que yo no poseo: eso no se puede negar. Si el cielo me hubiese dado una criatura como la suya, yo seria feliz, no lo dude Vd... Usted siquiera tiene ese cielo á donde mirar, aunque las sombras del mundo vayan oscureciendo sus ojos. ¡Oh! ¿y sabe Vd. qué dicha es tener un hijo? Eso solo puede comprenderse cuando se abriga ansiedad de él y no se tiene. Entonces se siente el corazon inflamarse de amor hacia un sér divino que se contempla á nuestro lado; se siente la alegría inundar nuestro cuerpo, se ve á todas horas una sonrisa angelical, se contempla la serenidad de la inocencia, que nos da idea de la gloria, y se respira con satisfaccion; pero de pronto se nos dice: «Eso no es más que un sueño de la mente. No está á vuestro lado ese sér por quien tanto suspirais. Tended la mano para tocar sus rosadas mejillas y hallareis solamente el vacío. Fijaos en aquella sonrisa que en vuestro delirio os hacia dichosos, y vereis que fué solamente una ficcion de vuestra

esperanza;» y créame Vd., por mucho que se sufra, por muy desgraciada que una mujer sea, por grandes penas que aflijan su corazón, todo eso se halla compensado con la felicidad de tener un hijo. Eso de dilatar nuestro ser en otro ser, nuestra vida en otra vida, nuestra alma en otra alma, es un placer tan grande, que junto á él son pequeñas todas las miserias de este mundo. Y no haga Vd. caso de sufrimientos y dolores, mientras tenga tan cerca una ventura que pueda servir á aquellos de contrapeso. Cuando un pesar le afija á Vd. absórbase en el amor de su hijo, y Vd. verá cómo la aflicción desaparece.

—¡Cuánto le agradezco á Vd. su consejo! ¡Pero si Vd. supiera lo que este hijo significa! ¡Ay! Y Emilia, exclamando así, inclinó el rostro ocultándole entre sus manos.

José María conoció desde un principio que á la jóven no le gustaban mucho las preguntas, y despues del consejo dado á su mujer con respecto á este punto, no volvió á aparecer en la estancia en que se hallaba aquella.

Dijo para sí:

—A los desgraciados les gusta estar solos: dejémosla.

Sabemos que Rafaela no se resignaba á dejarla.

Cuando escuchó la última exclamación de Emilia, una de esas inspiraciones que asaltan de pronto los corazones bondadosos hirió el de Rafaela y la incitó á hablar así, lo cual hizo más franca la situación de ambas mujeres.

—Amiga mia: no queria preguntar á Vd. la causa de sus penas, porque temia recrudecer la herida que indudablemente hay en su pecho, pero veo que su amargura de Vd. es inmensa. Observo que Vd. sufre demasiado y que su dolor es de esos dolores reconcentrados que no pueden manifestarse

á cualquiera. Habia decidido guardar silencio y dejar que Vd. se fuese como habia venido, sin preguntarle quién era, de dónde venia y adónde caminaba; mas yo, amiga, estoy sufriendo tanto como Vd. al ver esa amargura profunda que no puede Vd. negar que le está royendo el corazón. ¡Qué gran pena será la de Vd. cuando la sonrisa de ese ángel no basta para disiparla! Yo veo que Vd. padece mucho y que no tiene confianza para manifestármelo; lo comprendo, es la primera vez en su vida que habla Vd. conmigo; pero yo le ruego que me abra Vd. su corazón; Vd. es una desgraciada; pues bien, yo soy otra. Los desgraciados deben socorrerse mutuamente. Tenga Vd. confianza en mí: hábleme Vd. como á una hermana, con más franqueza que á una hermana, como se hablaría Vd. á sí misma. Cuando para un desdichado es pesada la carga de la existencia, dos pueden sobrellevarla mejor: sea yo quien le ayude á Vd. para sobrellevar la suya. Abrame Vd. sin temor ninguno su pecho, cualquiera que sea su desgracia, de cualquier género que sea su amargura.

Al decir esto Rafaela estaba verdaderamente conmovida.

Las lágrimas asomaban á sus párpados.

Una profunda agitación creciente iba dominándola.

Emilia levantó la cabeza como la levanta el náufrago que ve surgir en el lejano horizonte la luz de la aurora iluminando la próxima playa donde espera encontrar refugio.

Primero fijó sus expresivos ojos en los de su interlocutora, y luego, al sentir que el rubor iba apoderándose de su semblante, inclinó el rostro al suelo como si de algo se avergonzara.

—¿La he hecho á Vd. daño? Si he cometido alguna impru-

dencia, perdóneme Vd., no volveré á preguntarle más. Continúe en mi casa todo el tiempo que quiera; por eso no debe Vd. marcharse: la prometo formalmente que no volveré á preguntarle más.

Entonces Emilia rompió á llorar con tal fuerza, que Rafaela temió que sobreviniera algún accidente. Irguiendo luego el rostro, bañado en lágrimas, exclamó la jóven:

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! ¿Cómo podré pagar á Vd. el gran favor que me hace? ¡Imposible! ¿Sabe Vd. lo que yo necesitaba principalmente? Una persona á quien comunicar mis sentimientos; una voz amiga que me prestase aliento en el hondo desamparo en que aun me hallo. Yo voy á serle á Vd. franca: necesito desahogar mi corazón y con Vd. voy á hacerlo. La he dicho á Vd. que estoy sola en el mundo. Pues sí, estoy sola, completamente sola y abandonada. Soy una mujer infeliz, á quien por todas partes se señala con el dedo. La sociedad me desampara. Cuantos me conocen me insultan, me desprecian, me echan lejos de sí, me escupen á la cara, se gozan implacables en mi abandono, me arrojan al rostro mi falta, porque yo, ha de saber Vd. que soy culpable, que he cometido una falta.

Ellos tienen razón en todo eso que hacen; son incapaces de perdonar nada. La he dicho á Vd. que soy culpable; conozco que soy una mujer indigna de estar en esta casa; Vds. son unas gentes honradas y me han creído á mí honrada también... ¡ay!

A Emilia se le cortaba el aliento y en vano trataba de reanudar su relación.

Agitábase convulsa deshecha en llanto, y Rafaela al verla también lloraba.

—¡Oh! cálmese Vd., cálmese Vd., no se ponga de esa manera, que le va á pasar algo malo. Acuérdesse Vd. siquiera de este pobre niño.

Se secó las lágrimas que corrían por sus mejillas y continuó, procurando dulcificar cada vez más su voz:

—Yo no le haré á Vd. daño ninguno. Basta que Vd. sea desgraciada para que yo la quiera. No me oculte Vd. nada; yo no voy á juzgarla sino á consolarla á Vd.

Emilia fué serenándose y reanudó sus palabras de esta manera:

—Pues bien: voy á hacer á Vd. participe de todo cuanto me ocurre, de todo cuanto forma mi desgracia. Este niño que Vd. ve aquí es mi consuelo, porque él me dá aliento para seguir el camino de la vida; pero él es además mi dolor, porque el mundo ve en él la prueba patente de mi... deshonra...

Y pronunció esta palabra de una manera que solo con la atención que Rafaela prestaba podía haberse oído.

Rafaela la abrazó sin dejar al niño, y ambas y el angelito formaban tan interesante grupo al confundirse entre sí, que hubiera herido el corazón del hombre más indiferente.

CAPITULO VII.

Una aurora con nubes.

No se pasó mucho tiempo y empezó Emilia á relatar la historia de su desgracia.

Ya para ella Rafaela no era una persona extraña, á quien tratase de ocultar ninguna cosa; antes bien miraba en ella una cariñosa madre ó una fiel amiga.

Así es que cierto aire confiado dejaba notarse en la jóven al dirigir la palabra á la bondadosa alcaldesa de Somorrostro.

Esta, por su parte, cada vez iba observando una actitud más franca y sencilla, que indudablemente Emilia agradecía desde lo íntimo de su corazón.

Oigamos á esta:

—Escuche Vd., pues, mi historia ya que demuestra Vd. interés por conocerla.

—Ya la oigo á Vd.

—Yo me llamo Emilia. Soy del vecino pueblo de Castro-Urdiales. Mi padre era marinero de aquel puerto, pero aun era yo niña cuando con algunos ahorros que fué haciendo

en tan penoso oficio, dejó de ir al mar y se dedicó á calafate, oficio entonces de más resultados y más fácil de desempeñar; pero una noche terrible, negra y tempestuosa se distinguió en la dársena á la luz de los relámpagos un bergantin-goleta que pedia auxilio. Nuestra casa estaba, y estará todavía, cerca de las olas, junto al sitio llamado San Guillen, detrás de los arcos de Santa Ana. Una de las veces que la luz de la tormenta aclaró el mar, estaba mi padre tendiendo la mirada por la sombra sin límite de la noche, cuando el bergantin-goleta se apareció á sus ojos.

Cuando esto sucedía tendría yo quince años.

—¡Quince años! Sería Vd. entonces una criatura divina.

—Entonces yo era feliz. No conocia el mundo; ¡qué mayor felicidad que la inocencia!

—Prosiga Vd.

—Continúo: mi padre ansioso abre la ventana que daba sobre los peñascos, desde donde podria verse mejor el barco. Espera que brille otro relámpago, y en cuanto este brilló pudo convencerse de que el bergantin-goleta estaba medio perdido y con la mayor facilidad pronto iria á estrellarse contra las rocas del Hospital ó las rompientes del Torrejon. Tenia el mastelero destrozado, el casco por su parte de proa deshecho y el furor de la tempestad crecia con rapidez.

Mi padre, al convencerse del peligro de muerte que la tripulacion corria, y siendo la hora avanzada, lo cual era causa para que nadie se apercibiera del desastre, pues todos los vecinos dormian, corrió á avisar á los marineros cuyas casas estaban más cercanas; logró reunir ocho ó nueve, se metieron en una trainera, se lanzaron al mar y volaron sobre el agua en auxilio del buque náufrago. La centelleante luz de la

tormenta les iluminó varias veces. ¡Cómo la lancha culebreaba entre las ondulaciones del mar! ¡Triste noche aquella! Entonces comenzó mi infortunio. Una ola grande como una montaña se arrojó sobre la frágil trainera y el timonel desapareció entre las líquidas capas del agua agitada. ¡Escena horrible, alumbrada por un rayo! ¡El timonel era mi padre! En cuanto á sus compañeros, lograron salvarse todos. ¡Pobre padre mio!

—No se aflija Vd., ánimo, eso ya pasó hace mucho tiempo.

—Cuidaba á mi padre una prima suya, mujer de alguna edad, llamada Basilia. Esta mujer nunca me habia tratado bien; pero como mi padre verdaderamente me adoraba, de ahí que ella no se atreviera nunca á pegarme ni á decirme ciertas cosas que despues me dijo. Yo conocia que me odiaba y muchas veces procuraba darla gusto: por más que lo intentaba nunca lograba conseguirlo. La habia dado la manía de que yo era muy amiga de componerme y que no hacia más que lavarme, peinarne y mirarme al espejo.

Un día que á la punta de mis trenzas puse una cinta encarnada, que me regaló una amiga, hubo en casa un alboroto; la tia Basilia me llamó coqueta, presuntuosa, ¡qué sé yo cuántas cosas más! Mi padre la decia: «déjala; ¿qué tiene de particular eso?» y mi tia contestaba: «pues yo digo que tiene algo de particular; no hay cosa que más pronto se note que las inclinaciones que sacan las personas.»

Mi padre cuando estaba yo delante no hacia más que ponerse de mal humor al oír las palabras de Basilia; pero en cuanto me iba y quedaba con su prima á solas, yo volvía de puntillas hasta la puerta de la habitacion en que ellos estaban y le oía decir á mi padre enfurecido y sin poder conte-

ner su rabia: «Basilia, vas á hacerme el favor de no tratar á mi hija Emilia de la manera que la estás tratando. Es preciso que mires que está en lo mejor de su vida, y que por lo tanto cualquiera de esas cosillas que nada valen y por que tú la reprendes á cada momento forman para ella la gloria...»

Por cierto, señora Rafaela, que voy á revelar á Vd. ahora una cosa que no pensaba decírsela á nadie, pero recuerdo que la oí perfectamente y no la he olvidado en toda mi vida. Una vez que la tia Basilia estaba ya con la mano levantada para pegarme en la cara porque al ir con la herrada á buscar agua á la fuente se me habia acercado un jóven á echarme flores, y mi tia aseguraba que yo tenia la culpa de que sucediese eso, porque procuraba ir siempre limpia y bien puesta y parecia bonita á los que me miraban, entonces recuerdo que mi padre la llamó á solas, pues no lejos de nosotros estaba viendo lo que iba á pasar, y se encerró con ella en un cuarto de la casa. ¡Qué de gritos! ¡Qué de exclamaciones no oí yo, que estaba escuchándolos todo! La llamó envidiosa, fea, vieja, bruja; y la mujer llena de cólera exclamó: «Procura tener contenta á esa chiquilla, verás el pago que te dá.» Mi padre respondió con más furia: «Esa chiquilla es mi hija y no has de tratarla así por más tiempo.» Basilia, herida y sin saber qué decir, gritó riéndose: «¿Tu hija? ¡qué ha de ser tu hija!» Mi padre, al oír esto, agarró del brazo con fuerza á su prima, exclamando: «¡Ay de tí si te vuelvo á oír repetir semejante cosa!» ¿Qué le parece á Vd. de esto?

Rafaela, procurando desviar de este pensamiento la imaginacion de Emilia, lo cual creia lo más conveniente, contestó, como tratando de decidir á la jóven á no hablar más del asunto:

—Amiga mía, hay misterios que solo á Dios le es dado saber, y nosotros no debemos nunca afanarnos por penetrar en ellos.

Emilia inclinó la cabeza en actitud de resignarse, fijó en el suelo su vista y guardó un instante de silencio.

Dejó conocer, á pesar suyo, que lo que acababa de decir le preocupaba un poco, y al punto trató de disimular á la alcaldesa su emocion.

Esta la dijo:

—Siga Vd. su relato.

—Bien, continuó, exclamó Emilia. Ya le he contado á Vd. cómo aconteció la muerte de mi padre. Pues bien; desde que aquel faltó, según me decían todos, yo estaba desconocida; ya no reía como antes, ya no tenía gusto ni para vestirme ni para componerme, ya puede decirse que no tuve un momento feliz. Entonces es cuando comenzaron mis males. Yo, que era la señorita de la casa, me convertí en una criada... De la mañana á la noche, aquella maldita vieja no hacia más que aburrirme y matarme con tanto trabajar; yo lavaba, yo fregaba, yo barria, yo hacia la comida, yo arreglaba la casa; todo absolutamente estaba á mi cargo, mientras aquella mujer no se ocupaba más que de dos cosas: cuando estaba en casa, de reñirme é insultarme; cuando estaba fuera, de murmurar de mí con sus comadres.

Yo tenía algunos ahorritos de lo que había ido dándome mi padre... por supuesto, que estos consistían en tres ó cuatro pesetas; pues en cuanto me compré un pañuelo nuevo para la cabeza, porque ya estaba muy malo el que tenía, la maldita Basilia me quitó el pañuelo y los ahorros y toda mi ropa nueva, diciéndome que era una coquetuela y que yo

no debía hacer más que cumplir con mi obligación.

Al poco tiempo la casa, como suele decirse, se me venía encima: á todas horas disgustos, á todas horas riñas sin motivo ni fundamento; ninguna cosa que hiciese yo estaba bien hecha; para mí todo era ódio: cometía un crimen si me sonreía; yo no debía distraerme con nada; me despertaba temblando por los regaños que me esperaban durante el día, y me dormía temblando también por los que al día siguiente habían de venir sobre mí. Era en vano que yo tratara de convencerla de que las cosas que yo había hecho estaban bien, pues cuanto más claramente lo demostraba, con tanto más ódio escuchaba mis palabras; yo no tenía derecho á hablar; me hacia preguntas intencionadamente con la idea de encontrar un pretexto de disgusto en mi contestación. De expansiva que era fui haciéndome reservada, al ver que con cuanta más sencillez manifestaba mis sentimientos, con tanta más saña aquella mujer me hería, ó procuraba ridiculizarme ante todo el que la escuchaba. Semanas enteras se pasaban sin dirigirnos la palabra: de reservada, fui convirtiéndome en triste y melancólica; fui desmejorándome, fui perdiendo el gusto para todo; llegué á adaptarme de tal manera á aquel horrible género de vida, que ya me era igual salir de casa ó no salir, hablar con mis amigas ó no hablar. Basilia cada vez se alegraba más del camino que yo iba tomando.

Hay cierta edad en la vida en que las cosas que nos rodean son las que deciden de nuestro porvenir.

Cuando el corazón está en sus primeras ilusiones y la mente en su primera luz, todo aquello con lo que rozamos

al cruzar el camino del mundo imprime en nosotros profundas huellas.

Esta edad es la parte de la juventud comprendida entre los quince y los veinte años.

Animad entonces al joven, dad alas á su pensamiento, dad aliento á su corazón vigoroso, ayudadle en su marcha, prestadle vuestra mano para que apoyándose en ella siga por su camino; si tiene sueños, llenádselos de luz; si ve anchos horizontes, indicadle que tienda por ellos la mirada; si cree en la gloria, si cree en el amor, si cree en el arte, si cree en todo lo grande y todo lo bello, fortificad sus creencias, no mateis aquella alma que nace, no abatais el vuelo de aquella águila que se remonta por los espacios á bañarse en la brillante luz del sol; no le digais: «ese cielo que ves es mentira, esos pensamientos que te agitan son delirios,» porque tal vez os equivoqueis al asegurar semejante cosa.

¿De dónde brotan los grandes hechos? De la juventud.

¿De dónde han salido las grandes hazañas que han variado la faz de nuestras sociedades? De la juventud.

Un gran escritor contemporáneo observa que la primera mitad del reinado de los grandes monarcas siempre fué floreciente, y la segunda mitad desastrosa.

Herid á un hombre en su juventud y es igual que si hiriérais á una flor cuando aun es capullo: á medida que crezca crecerá también su herida.

Rafaela se enjugó una lágrima.

Emilia siguió diciendo:

—Como puede Vd. figurarse, aquella no era vida para

mucho tiempo. Un día me dije: «quiero pensar en mi situación;» fijé en ella mi mente y ví que era horrible. Conoci que si seguía de aquella manera, algún tiempo más, llegaría mi corazón á perder todo sentimiento. Así viví dos años, ¡dos años que fueron dos siglos! y hoy me admiro de cómo tuve valor para sufrir tanto.

Un día, aquella vieja me encontró mirándome al espejo; considere Vd., yo tenía ya deseos de ver cómo decaía mi rostro. Algun tiempo antes, cuando salía á la calle, me echaban flores todos los jóvenes que me veían; últimamente no se acercaban á mirarme. Ya comprenderá Vd. si tendría yo ganas de saber lo que había pasado por mí; ella me estaba observando y soltó la carcajada. ¡Oh! ¡cómo me hirió aquello! ¡Cuánto se burló de mí durante algunos días!

Si en los ratos que me quedaban libres cosía algo para mis amigas, puesto que yo no tenía gusto ni aun para arreglar mi ropa, me llamaba necia y estaba siempre con que debía ocuparme en alguna cosa de provecho. Busqué trabajo que me produjera algo, y como yo me afanara, me llamó ambiciosa. Por fin, más tarde me dijo que trabajase para ella, pues de alguna manera había yo de pagar los cuidados de la niñez, la comida y los vestidos que me había dado. Excuso decir á Vd. que á ella nada absolutamente le hacía falta, pues habían quedado en casa ahorros, aunque no muy grandes, suficientes para que se pudiera mantener todos los años que le restaban de vida.

Entonces es cuando comprendí que todo cuanto hiciera era tiempo perdido, y que cuanto más me doblegara á sus caprichos tanto peor sería. No tuve ya duda de que solo trataba de hacerme infeliz.

—¡Oh! ¡qué infame mujer! ¿Cómo pudo Vd. durante tanto tiempo vivir á su lado? Ha sido Vd. una mártir.

Emilia enjugó sus párpados, que ya empezaban á humedecerse.

Rafaela repuso:

—Desde entonces sin duda pensó Vd. en abandonarla, ¿no es verdad...?

—Sí; verá Vd. qué lucha tan terrible sostuve en mi interior antes de determinarme á dar un paso semejante. Por una parte decia: seguir al lado de esta mujer es renunciar á la vida; continuar en esta casa es renunciar al mundo. Cuando me hacia estas reflexiones me affigia de una manera que no puede Vd. figurarse. Llegaba una fiesta, llegaba una romería, las muchachas se vestian de gala, todos se ponian contentos con la idea de que iban á divertirse mucho, y yo me ponía á trabajar en un rincon de mi cuarto, sin más espectáculo que las paredes de la habitacion á mi lado y el mar inmenso delante de mis ojos. ¡Si viera Vd. qué cariño tomé al mar desde aquellos ratos de soledad y de amargura que en mi retiro pasaba! ¡Yo no sé lo que tiene esa llanura de agua, que me da consuelo siempre que tiendo mi vista por ella! Sin duda es que sus frescas brisas y la blanca espuma de sus olas evocaban en mi mente el recuerdo de mi padre. Pues bien, continuando: por otro lado yo me decia: ¿qué será de mí, débil muchacha, abandonada y sola, si empiezo á recorrer ese mundo tan lleno de miserias y de traiciones? Pero me consolaba una idea, y era que, por muy mala que fuese la gente con que hubiese de tropezar, no encontraria nadie que procurase hacerme tanto daño como la tia Basilia... además, yo, como jóven que aun andaba en su primera

ilusion, tenia mis sueños, tenia bellas esperanzas que me prometia realizar.

—¡Quién en la primavera de la vida no las tiene! Esas esperanzas alimentan la existencia como la sávia alimenta al árbol. ¿Quién no ha tenido ilusiones? Yo he tenido una, amiga mia, y ya desespero de realizarla. Desde niña, las muñecas eran mi encanto; más tarde, acariciando á un niño me pasaba sin sentirlo horas enteras; despues soñé con el amor de madre y comprendí que él basta á llenar de dicha un corazón: ¡pobre esperanza mia...! ¡Qué hermoso niño tiene usted!

Y Rafaela, al pronunciar estas palabras, dominada por una conmocion profunda, cubrió de besos y llenó de caricias el rostro angelical del niño de Emilia.

Emilia lanzó á su interlocutora una mirada que claramente revelaba su pensamiento.

Este era: todos tienen alguna causa de amargura.

—No desespere Vd. dijo la jóven, quizás el Dios que me desampara á mi á Vd. la ayude.

—Siga Vd., siga Vd. contándome esa historia que tanto me entenece. Veo que su pena de Vd. se alivia encontrando á quién comunicarla. Lo principal que Vd. necesita, ya veo que es hallar una persona á quien confiarse.

—¡Bendita sea Vd! En Vd. la encuentro, señora. Ya que he comenzado á contarla la triste relacion de mi vida, la acabaré brevemente, pues aunque soy bien jóven, es larga, y ya estará Vd. cansada de oirme.

—No, no, cansada, de ninguna manera. A cada palabra que Vd. pronuncia se estrecha más el lazo de nuestra amistad. Cuente Vd., cuente Vd.

—En varias casas del pueblo me habian solicitado con insistencia para que fuera de doncella. Como yo era tan aplicada para todas las labores, cosía y planchaba perfectamente y bordaba tambien algo. Una vez que estaba ya resuelta á abandonar á todo trance á aquella vieja maldita que iba aumentando para conmigo sus rigores, sus riñas y sus burlas, me encontró una señora de las que tenian empeño en que fuera yo su doncella y volvió á hablarme. Vacilé un instante, dudé si aceptar el ofrecimiento que me hacia, pensando en la importancia que tenia aquel paso y en las iras que con mi actitud despertaria en el pecho de la vieja; sin embargo, me acaloré un poco y me decidí: fui á la casa de aquella señora y no volví á aparecer por la mia. En cuanto Basilia lo supo se puso hecha una furia; dijo que se las iba á pagar todas juntas; puso el grito en el cielo, empezó á decir que era muy amiga del mundo y por eso me habia ido de su lado. De la mañana á la noche no hacia más que murmurar de mí con toda la gente que encontraba; sabia yo por mis amigas que entre las viejas se cuchicheaba de mí con mucho misterio. Basilia me amenazó con pegarme para castigar lo que ella llamaba mi soberbia; esperábame en el portal á que yo tuviera que bajar á la calle, y desde allí me insultaba y me llenaba de vergüenza. Empecé á tomarla miedo; por fin, un dia fué con la invencion de que yo la pertenecia del todo, y me iba á poner por justicia, y que iba á llevarme á su casa entre alguaciles para que aprendiera cómo debia portarme con ella... Se convirtió en mi sombra; rogué por Dios á mi señora que no me mandara salir de casa... Y estas escenas, repitiéndose á todas horas, me atormentaban. Creí en aquel tiempo volverme loca.

—¡Oh! ¡ya lo creo! De modo que todo el pueblo se aperci-
biría de lo que pasaba...

—Todos, absolutamente todos... eso era lo que me hacia
más daño.

—¡Pobrecilla! ¡Si yo la hubiera conocido á Vd. entonces!

—Compadecida de mí la señora en cuya casa estaba, pues no hacia más que verme llorar, me dijo cierta vez: «Emilia: Vd. está aquí muy mal: á Vd. le conviene irse fuera del pueblo, sea adonde quiera. Esa tia importuna está visto que no quiere dejarla á Vd. vivir. Yo creo que es envidia lo que tiene, al verla á Vd bien parecida y jóven, y por eso sin duda la profesa á Vd. tan implacable ódio. Una familia amiga marchará de un dia á otro á Madrid: ¿quiere Vd. que hable para ver si puede marcharse con ella?» «Sí, la respondí yo en seguida; ya ve Vd. que yo no puedo seguir más tiempo de esta manera; yo en este pueblo no puedo vivir más.» Pocos dias despues salia para Madrid en compañía de la familia aludida.

—¡Gracias á Dios que por fin se vió Vd. libre!

—Una vez en Madrid respiré contenta y satisfecha. Cuando ya me iba olvidando de mis pasadas amarguras llegó á mis manos una carta. La leí y decia, poco más ó ménos, estas palabras: «Sobrina Emilia: Eres soberbia, eres presuntuosa, eres ingrata, y por eso Dios te ha castigado. Tú no sabes que yo te preparaba una sorpresa, pero una sorpresa agradable, tan agradable que tal vez de ella dependiera tu dicha. Esta sorpresa consiste en una carta en la que se revelan cosas que tú estás muy lejos de sospechar. *Tu padre*, poco antes de morir, me confió sus más íntimos secretos; el principal de ellos te interesa á tí. ¡Infeliz! ¡no sabes lo que

has hecho con abandonarme! Ya nada tienes que hacer sino sentir remordimientos por la posición en que te has colocado y por tu ingratitud para conmigo; vuelvo á repetírtelo, soy la única poseedora de un secreto, del que depende tu porvenir. En tu vida hay un misterio; no lo sabrás porque quiero yo que lo ignores... Sin embargo, si tu proceder de aquí en adelante te hace merecedora de mi perdón, te perdonaré y llegarás á saberlo todo. No olvides esto último que te digo.

Tu tía,

BASILIA.»

CAPITULO VIII.

Continúa la historia de Emilia.

Emilia, después de descansar un rato en su relación, continuó así:

—Al leer esta carta me acordé de las palabras de la vieja al dirigirse á mi padre aquel día en que le dijo: «¡qué ha de ser Emilia tu hija!» y mi padre se incomodó tanto.

—Le entraría á Vd. cierta curiosidad por saber qué carta era esa á que se refería la tía Basilia; ¿no es cierto?

—¡Ya lo creo! No pude dormir durante algunas noches ocupándome de semejante misterio... pero por fin pensé: «¡quién sabe si todo esto será una pura invención de esa maldita mujer, que siente verme lejos de su lado y quiere que caiga entre sus manos otra vez para afligirme y para atormentarme!» ¡Oh! grande fué el interés que despertó en mí aquella carta. Sin embargo, traté de ahogar mi curiosidad, y al poco tiempo ya no me acordaba de semejante cosa, ni aun de la tía Basilia. Lejos de mi mente estos pensamientos, y libre de la sombra tenaz que hasta que vine á Madrid había visto detrás de mí á todas horas, respiré contenta y volví

á ver brillar en mi mente las ilusiones juveniles. Ya volví á tener gusto para vestirme y para componerme. Ya era otra, según me decían todos. Las huellas que el dolor habia impreso en mí fueron borrándose y parecia que el cielo volvia á abrirseme. Trabajaba con gusto; de vez en cuando cantaba alegre; cuando salia á la calle con cualquier motivo, cuantos me veían llamábanme *la mejor del barrio*; cuando llegaba un dia de fiesta y salia por la tarde á distraerme con alguna amiga, pues á medida que fuí recobrando el humor fuí teniendo amigas, me acordaba con placer de aquellos escantadores instantes en que corria feliz por mi querida playa con las compañeras de mi niñez.

¿Quién me diria que aquella mala mujer, que fué siempre mi tormento, seria tambien quien habia de disipar mi dicha naciente? Sin embargo, así sucedió. Observé que mis señores empezaron á mirarme con disgusto; alguna vez que otra, cuando yo me creia más feliz, porque me veía halagada por todos y á todos agradaba, ó porque estrenaba algun vestido ó algun pañuelo, me llamaban coquetuela, y ya empecé á ver cerca de mí caras sombrías y fruncidos ceños. La verdad es que al verme dichosa, mis compañeras y mis vecinas iban tambien tomándose cierto ódio. Yo no hacia daño á nadie, pero en estas, dicha actitud me pareció más natural, porque claro es que habian de tenerme envidia. Pero en mis señores, que tan satisfechos habian estado siempre conmigo y á quienes siempre habia tratado de complacer con la mejor voluntad, ¿cuál era el motivo de aquel cambio inesperado é inexplicable?

Desde luego ví que aquello era obra de la mano de Basilia; procuré indagarlo y no tardé mucho en convencerme de

ello. Hábiales escrito una carta, en la que les decia que tenían por doncella á una presuntuosa, á una tonta, á una necia, á una coqueta, y *aun algo más...* que era una hipócrita y que les engañaba como queria. Que empezaran á seguirme los pasos y se convencerian de quién era yo; que con aquellas advertencias creia hacerles un favor, pues á nadie gustaba tener en su casa á una mujer que *no era honrada*.

—¡Qué infamia! ¡qué villanía!

—¡Si viera Vd. cuánto lloré, cómo me desesperé y cómo sufrí cuando mis señores me pusieron en la calle y me enseñaron la carta que mi tia les habia escrito! ¡Oh! ¡cuando llegan estos casos, las cosas más insignificantes se convierten en datos, que prueban la falta que sobre una mujer se quiere echar! ¡Si Vd. viera! ¡Todo aquello que hice sin la menor intencion, y aun sin pensar en lo que hacia, empezó á echárseme al rostro, viendo en ello faltas y tratando de avergonzarme! Si al salir de casa habia tenido costumbre de ir por esta calle ó por la otra, se me dijo que era por encontrarme con Fulano ó con Zutano, que por allí solian verme pasar. Si tal ó cual dia habia tardado en volver á casa, se me dijo: «en buen sitio estarias; ya íbamos apercibiéndonos de tus mañanías.» El caso es que, sin la menor culpa, fué terrible la fama que cayó sobre mí.

No tuve más remedio que huir de aquella casa, avergonzada. En efecto, traté de buscar alguna casa donde quisieran recibirme; pero mis antiguos señores, á pesar de tenerse por muy cristianos y muy caritativos, dieron de mí tales informes que no hallé sitio donde entrar. ¡Figúrese Vd. cuál seria mi amargura y mi desconsuelo al ver lo que me pasaba siendo del todo inocente! Pensamientos tuve de es-

conderme en cualquier rincón y morirme de hambre si fuera necesario, antes que volver á erguir mi rostro á la faz del día y sufrir las afrentas con que todos cuantos me conocían me acosaban! Las amigas y conocidas que me envidiaban y tenían ganas de hallar una ocasión para hacerme mal, se despacharon entonces á su gusto; todos fueron implacables conmigo; bendije la casualidad de hallarme en Madrid, donde era cosa bien fácil evitar que mis paisanos me vieran. También por mi mente pasáronse ideas de volver donde la tía Basilia, acusarme de ingratitud para con ella, pedirle perdón, decirle que echara un velo sobre todo lo ocurrido y renunciar por completo á aquel hermoso ideal que se presentaba ante mis ojos, á aquellos sueños y á aquellas ilusiones que llenaban mi mente de luz. Entonces me acordé también de aquel secreto de que hablaba en su carta, del que dependía mi porvenir y de que ella sola era poseedora. Aquella sorpresa de que Basilia me hablaba, ¿podría tener virtud y poder bastantes para disipar los profundos dolores que abatían mi espíritu? Esta idea me llenaba de incertidumbre; casi estuve por tomar una resolución definitiva... unas veces me recogía en mi centro, y presa de la más honda aflicción, no sabía lo que me pasaba: el cielo y la tierra creía que se habían cerrado para mí...

—¡Pobre Emilia! ¡Calme Vd. su dolor! ¡Cuánto daño la hago á Vd. recordándole sus pasadas penas!

—En esta situación, encontré casualmente á una amiga que en los primeros años de la juventud había desaparecido del pueblo y que ignoraba yo dónde podría hallarse. Era una compañera de la infancia, á la que siempre había querido mucho. Se llamaba Julia; cuando fijé en ella mi vista por

primera vez, yo no acababa de reconocerla; cierto es que desde luego noté algún parecido y esto fué lo que al principio atrajo mi atención. Pero ¿cómo había de creer yo que era la misma, si la amiga de mi niñez era de cuna humilde y aquella otra con que yo me encontraba iba flotando entre una nube de sedas con ricas galas y adornos? Lo primero que hice en cuanto noté que era la misma fué dejar asomar su nombre á mis labios; pero no sé qué temor ó duda me asaltó de pronto, que se me cortó el aliento y no pude acabar de pronunciar el nombre. Ella entonces, que reparó en todo cuanto en mí pasaba, pareció inmutarse; pero una vez repuesta de su emoción, se me acercó exclamando: «Qué, ¿ya te has olvidado de mí? ¿Tan flaca eres de memoria...? ¡Empezaste á llamarme y luego te has arrepentido...! Verdad es que no te hubiera contestado tampoco por mi nombre verdadero... ahora me llamo Lola, que es lo mismo que Dolores; con este nombre me va mejor que con el antiguo; ahora soy feliz, ¿lo creerías? Me llamo Dolores y no tengo ninguno; mis horas cruzan rápidas; toda las dichas del mundo son para mí; me es igual el día que la noche; todo mi tiempo lo dedico al placer; dicen que estoy más hermosa que nunca, que tengo más luz en mis ojos, que tengo más vida en mi corazón. ¡Esta es la vida! ¡Este es el mundo! Puesto que es poco lo que tenemos que vivir, amiga Emilia, he decidido aprovecharlo. Dime: ¿tú aun nada sabes de estas cosas, no es verdad? ¡Estás á oscuras! Pobre Emilia mía; eres aun de las que se apuran, de las que sufren, de las que se acordaban bajo el peso de las penas... Eres todavía de las que toman á pecho las cosas que les pasan, de las que se afanan por nada, de las que se toman interés por esto y por lo otro; ¡pobrecita!

¡me das lástima! En este mundo hay que tener más indiferencia, hay que marchar adonde nos arrastra la corriente. ¿Qué adelantamos nosotras, pobres criaturas, con tomarnos interés por las cosas, pase lo que pase, suceda lo que suceda? ¡A reír! ¡á gozar! Quiero que dejes de ser tonta; yo te enseñaré cuanto conviene al caso.»

Toda esta série de palabras cayó sobre mí como un torrente tempestuoso; me aturdieron, me abrumaron, me enloquecieron, me golpeaban el cerebro, me atormentaban; quedé muda, estática, sin saber qué contestar, sin llegar á asegurarme que fuera verdad cuanto veía y había escuchado. Me pareció un sueño todo aquello. ¿Era aquella mi amiga? ¿Qué cambio se había obrado en ella? ¿Qué quería decir todo aquel cúmulo de palabras locas, sin orden y sin concierto? ¿Por qué había mudado de nombre? ¿Por qué algún tiempo antes era pobre y humilde y al encontrarla entonces iba con todo el lujo de una gran señora? ¿Estaba loca ella ó era yo la que lo estaba? ¿Qué es lo que pretendía que yo hiciese? ¿Qué pasos eran los que había que dar para poder ser feliz como mi amiga lo era? Todas estas interrogaciones me hacia á mí misma, sin lograr darme contestación alguna. Permanecí en una especie de estupor profundo, del que me sacó al poco tiempo la voz de Julia. «¿Como estás así con esos vestidos miserables? ¿Tú, la muchacha más hermosa que ha dado la costa cantábrica? ¿Qué haces? ¿En qué te ocupas? Estás triste, abatida. ¿Qué es lo que te pasa? Te admiras de verme, ¿no es cierto? ¡Sigueme; tienes que ser mi compañera!» En vano pronunció mi amiga estas palabras; yo no sé qué encontraba en ellas, que me repugnaban; algo estaba revelándome que aquella felicidad de Julia, por fuera brillante, debía ser muy

amarga por dentro: me alejé de ella con cierto temor, y al mismo tiempo con cierta amargura. La ví perderse entre el gentío riendo locamente al lanzarme la última mirada.

—¡Oh! ¡Emilia, á esas hay que compadecerlas! ¡Qué bien hizo Vd. en huir!

—Yo la compadecí también; mucho duró en mí la impresión producida por aquel encuentro; no acababa de creer que Julia fuera dichosa... Iba pasando el tiempo; mi situación se iba agravando y me urgía tomar una resolución decisiva. Tenía que optar entre estos dos términos: ó volver á mi pueblo y resignarme á ser esclava, ó buscar á todo trance un modo de seguir en Madrid, fuese como fuese. Pero en cuanto se preparaban á recibirme en alguna casa é iban á pedir noticias mías á mis antiguos señores, estos informaban mal, y de aquí resultó que fueron cerrándoseme todas las puertas. Aquellos amos crueles eran implacables para conmigo; eran muy religiosos y muy devotos, y decían que no se debía engañar á nadie, y que á todos cuantos acudiesen á preguntarles por mí les contestarían lo mismo. Supe que me habían levantado las más groseras calumnias, y echándosela de cristianos, se las iban repitiendo á todo el mundo, con la más santa intención. Me hallé con otra amiga de la infancia llamada Teresa. Teresa no era tan hermosa como Julia, ni lo había sido nunca; sin embargo, siempre fué más simpática, más hacendosa, más trabajadora. Teresa en cuanto me vió corrió hácia mí y me dió un abrazo. «Querida mía, exclamó, ¿qué casualidad hace que volvamos á vernos? Estás hermosa como siempre, pero pareces encontrarte triste, preocupada; vamos, cuéntame á mí cuanto te ocurra. Sabes que entre nosotras dos siempre ha reinado la

más grande confianza; ven á mi casa, verás qué bien me arreglo para vivir; allí no verás lujo, no encontrarás riquezas; bien sabes que soy pobre como tú; pero en cambio hallarás limpieza, asco, sencillez, claridad, alegría; quiero que vengas.» Teresa no iba vestida con lujo, y sin embargo, estaba encantadora; me dijo que era costurera, que vivía bien, y que se gobernaba perfectamente con lo poco que le daban el dedal y la aguja; que vivía sola, lo cual no le pesaba, pues en Madrid es preferible vivir sola á estar con malas compañías. Me pregunto en qué me ocupaba, y como le hubiese dicho mi verdadera situación, empezó á animarme para que me fuera á vivir con ella. Me recordó que cuando niña bordaba con primor y sabía hacer en la costura mil monadas... En fin, ví que en nada había variado su carácter; me agradó sobre manera su modo de vivir honrado y libre, y me decidí á irme con ella... Al poco tiempo, ¡qué felices éramos! Trabajábamos y nos divertíamos; ganábamos bastante y nos sobraba; recobré mi buen humor; el de mi amiga era envidiable, y estábamos como dos hermanas. Nuestro cuartito humilde y alegre era un último piso de la calle de la Luna; nuestra ventana la teníamos convertida en un jardín, toda llena de pensamientos, de claveles y de enredaderas, que por la mañana se salpicaban de rocío y cuando brillaba con fuerza el sol nos daban sombra apacible. Un revoltoso jilguero, cuya jaula colocábamos entre las verdes hojas, estaba á todas horas lanzando al aire sus dulces gorgoros y nos alegraba con sus cánticos; nosotras cosíamos, cantábamos, sin desperdiciar un momento del día, y las horas resbalaban rápidas; volvía á ver abrirse el cielo ante mis ojos; ya recobré otra vez gusto para arreglarme, porque

eso sí, amiga mía, siempre he tenido afán por ir bien puesta; yo no sé si eso sería una falta; lo que puedo decir es que lo hacía con la mayor inocencia del mundo; tal vez tuvieran razón los que me criticaban; pero ¿qué hacer? cada uno tiene sus caprichos, no se puede remediar; el espejo me decía á menudo que mi abatimiento iba pasando, que iba siendo otra, que en mi rostro volvían á reinar otra vez la juventud y la sonrisa; siempre tuve fama de risueña; mi amiga aun lo era más que yo; para ella no había penas; era una gloria el estar á su lado; tenía un carácter angelical y adorable. Poco después de habernos decidido á vivir juntas le salió á Teresa un amante; no se pasaron muchos días y ella ya le adoraba frenética; yo me puse en cuidado; mi amiga era sencilla y confiada, y francamente, no me gustaba que se ilusionase tan pronto. Cuando yo la hacía alguna advertencia sobre este punto, ella se incomodaba y me tachaba de demasiado cuidadosa... Pero yo no lo podía remediar; la quería mucho para que mirase con indiferencia los asuntos que á ella le interesaban. Mis temores empezaron á realizarse; comenzó Teresa á ser reservada conmigo y me pareció esto un mal presagio; además, yo iba notando que ella cada vez sentía más amor; ya no dormía tranquila; ya muchas veces que la sorprendía á solas sumida en profundas meditaciones temblaba al verme, como si hubiese sorprendido alguno de sus pensamientos. ¿Qué podía significar aquello? La que hasta entonces había sido mi hermana empezaba á ocultarme intenciones y á guardar secretos conmigo; no acababa de adivinar qué sería aquello que la estaba preocupando continuamente; sin embargo, algo proyectaba. Ya no veía en mí una compañera que estaba dispuesta á ayudarla para todo aquello que

necesitase; conocí que yo estaba siendo para ella una sombra tenaz, de que se hubiera desprendido á haber podido buenamente. En cuanto me aseguré de esto me afligí, y varias veces buscando la soledad lloré con amargura. Tuve al poco tiempo la completa seguridad de que no me habian engañado mis sospechas. Cierta día en que volví á casa, despues de entregar la costura de la semana, debia haber encontrado allí á mi compañera; pues no la encontré. En su lugar hallé una carta sobre la mesa de labor... Al verla me dió el corazon un vuelco; la abrí en medio de mi sobresalto y leí lo siguiente: «No me esperes por ahora;» y el papel iba firmado por Teresa. Yo no sé lo que pasó por mí entonces y creí volverme loca: dos pensamientos crueles eran los que principalmente me preocupaban; uno de ellos, *¿qué seria de Teresa?* Y el otro, *¿cómo me acostumbraria á vivir sola?* Pero antes que todo, el porvenir de Teresa era lo que más poderosamente me inquietaba. Tal vez ciega por su amor se habia echado en brazos del hombre á quien adoraba. Tal vez la habia deslumbrado el vicio y la habia enloquecido arrastrándola en su corriente. En vano aquella noche traté de dormir; no pude ni un minuto conciliar el sueño; mis dispersas ideas se agrupaban, y no lograba pensar con tranquilidad en lo grave de mi situacion. A la manera de una tempestad, sentí que una confusion se apoderó de mi mente.

Cuando á este punto de su relato llegaba Emilia, ya habia pasado bastante tiempo y faltaba poco para la noche.

Oyóse el rumor de un carruaje que se acercaba.

Cierta fatiga dominaba á la narradora.

Un vago éxtasis se habia apoderado de Rafaela, que mira-

ba alternativamente con profundo interés á aquella mujer y á aquel niño.

El ruido de la diligencia cada vez fué haciéndose más perceptible, mezclado con el rumor de las campanillas de los caballos.

Cuando la diligencia se encontró al pié de la casa de José María, á un grito del mayoral de repente hizo alto.

CAPITULO IX.

Los viajeros de la berlina.

Todos cuantos habeis viajado observásteis sin duda alguna que suelen encontrarse por esos caminos dos clases de viajeros.

Unos nos inspiran, por decirlo así, cierto interés desde el momento que los vemos.

Otros, seres vulgares que nada dicen á la imaginacion, pasan desapercibidos ante nuestros ojos.

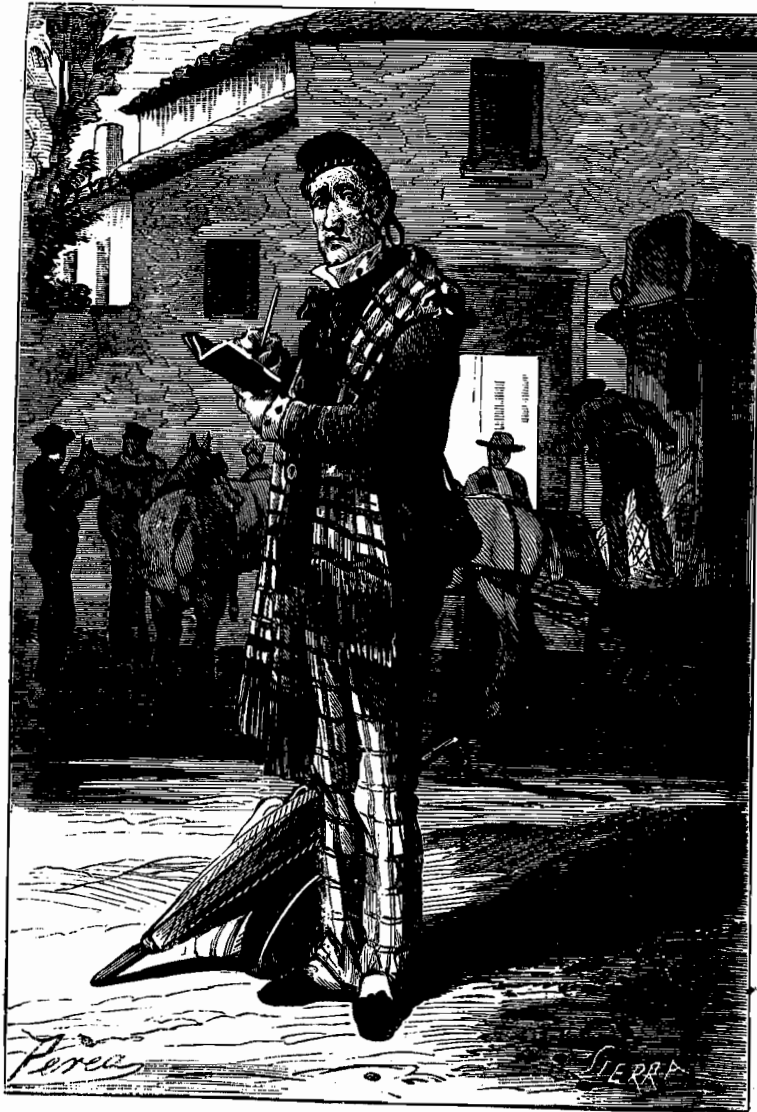
En el coche que acababa de llegar y que se preparaba á mudar tiro podian verse tambien estas dos clases de viajeros.

Cierto número de personas insignificantes salieron del interior y se apearon del cupé, desparramándose por aquellos verdes campos.

De la berlina bajó una señora, de rostro dulce y afable, como de cincuenta años de edad. Iba seguida de una doncella y entró en casa de José María, tomando un asiento en los bancos destinados al descanso de viajeros.

Despues que dicha señora hubo salido de la berlina, saltó

LA HONRA DE LA MUJER.



Era un doctor norte-americano llamado Leblak.

también á tierra, sin dejarse esperar mucho tiempo, un hombre que parecia extranjero, alto, delgado, de aire observador, con una gorra de viaje en su cabeza, una manta inglesa echada sobre el hombro y en la mano una pequeña maleta, que parecia llevar con sumo cuidado.

Apenas puso el pié en el suelo, dejó en él su maleta y su manta, y se puso tranquilamente á contemplar el paisaje.

Este viajero era un doctor norte-americano, llamado Leblak.

La señora que habia salido del mismo departamento no era otra que la marquesa del Suspiro, célebre por sus sentimientos caritativos, que la prensa de unas y otras localidades encomiaba sin dejar pasar dia.

Sobre todo en aquel país todo el mundo conocia los buenos sentimientos y las buenas acciones de la marquesa, y su nombre andaba siempre de boca en boca.

Era poco tiempo el que la diligencia debia parar en Somorrostro, pues aquella parada no tenia otro objeto que efectuar el relevo del tiro y dar algun descanso á los viajeros.

José María y Rafaela tenian una cualidad, de que no hemos dado cuenta aun; eran curiosos.

Así es que cuando en los coches llegaba alguna persona que, segun su expresion, les parecia de *campanillas*, ya estaban impacientes por saber quién era, adónde iba y hasta dónde prolongaria su jornada.

Para vivir en un pueblo, sabido es que la curiosidad es una cosa indispensable.

Pero esta cualidad, preciso es decirlo, no afeaba en nada el bello carácter de los dos esposos

Era una cosa hasta cierto punto natural.

En cuanto vieron á la marquesa poner el pié en el estribo para bajar de la berlina, en seguida José María y Rafaela adivinaron en su rostro cierto aire de importancia.

El afán de saber quién sería aquella viajera interesante empezó á picarles.

No tardó en presentárseles ocasion para lograr su deseo.

Al poco tiempo de haber entrado dicha señora con su doncella en la casa, estas dos cruzáronse por lo bajo algunas palabras, y en seguida la doncella, que era una linda muchacha, llamada Jacinta, á la que ya volveremos á encontrar en el curso de nuestra historia, se acercó á Rafaela y le preguntó con dulzura:

—¿Podrá Vd. decirme si está muy lejos la casa del señor cura, y si dará tiempo para ir allí y volver á coger la diligencia?

—¡Oh! ¿la casa del padre Calixto? ¡está allá atrás! ¡bajando aquella pendiente!

—Pero ¿se podrá ir pronto?

—No, señora, no hay tiempo.

Después de una breve pausa, durante la cual Rafaela notó que la jóven que habla poco satisfecha, añadió:

—Si Vd. ó su señora de Vd. quieren darle algun recado urgente nosotros se le daremos hoy mismo. Si es cosa de interés no les importe á Vds. confiársele á mi marido; es el alcalde de este pueblo.

Entonces Jacinta abrió sus hermosos ojos, manifestando en ellos una expresion que equivalia á decir:

—Es muy posible que á mi señora le sea poco más ó menos lo mismo ver al alcalde que al cura.

Rafaela comprendió este gestoy quedó esperando una

contestacion, mientras la doncella volvió á acercarse á su señora.

Estas dos hablaron con cierto misterio, como dando importancia al asunto, y ambas después avanzaron hácia Rafaela, que seguia en actitud de aguardar una respuesta.

Hé aquí lo que hablaron la marquesa y la mujer de José María:

—¿Con que su marido de Vd. es el alcalde?

—Sí, señora; para servirla.

—¡Séalo por muchos años!

—Gracias, señora. ¿Qué es lo que se le ocurre á Vd? ¿Quiere quedarse? ¿Quiere descansar?

—No; ¡Vd. no me conoce!

—No tengo el gusto...

—Pues bien, yo soy la marquesa del suspiro; ¿no ha oido Vd. nunca hablar de ella?

—¡Oh! ¡sí! ¡ciertamente! ¡mil veces! Sus buenas obras de Vd. todo el mundo las elogia...

La satisfaccion se pintaba en el rostro de la alcaldesa al decir esto, y una emocion profunda la dominaba al hablar á su interlocutora.

—¡Cuántas veces he dicho, volvió Rafaela á insistir, quisiera conocer á esa señora para darla un abrazo! ¡Debe ser tan buena! ¡Cuentan de ella unas cosas los papeles que llegan de Madrid y de Bilbao!

La viajera sonreia con orgullo al escuchar estas frases.

Luego exclamó, como dirigiéndose derecha al asunto que le habia movido á dar aquel paso:

—¿Podria ver ahora á su marido de Vd?

—Sí, señora; corro á buscarle, ¡pues por aquí andará!

—Es para un asunto de caridad; tal vez Vd. sea lo mismo.

—Sí, señora, dígame cuanto guste; hágame el encargo que quiera, que lo cumpliré inmediatamente y con buena voluntad.

Entonces la marquesa abrió una cartera que su doncella llevaba colgando de un brazo, intrujo su mano en ella y sacó un paquetito, que sin duda contenía dinero, y lo puso en manos de la alcaldesa, exclamando:

—¡Para los tres más desgraciados que haya en Somorrostro!

—¡Oh! ¡gracias! ¡mil gracias le doy á Vd. en nombre de ellos! ¡qué buena es Vd! ¡siempre socorriendo la desgracia! ¡Dios la bendiga! ¡Yo buscaré á los tres más desgraciados que haya en el pueblo y repartiré entre ellos su limosna!

La marquesa volvió á introducir su mano en la cartera, mientras prorumpía Rafaela en las anteriores exclamaciones, y sacando otro paquetito lo colocó también en manos de esta, diciendo:

—Esto, hágame el favor de dárselo al cura para las atenciones de esta santa iglesia.

Rafaela volvió á repetir sus exclamaciones de agradecimiento.

Después, iluminada por una idea repentina, tomó un aire decisivo y dijo de pronto, como alegrándose de haber dado en ello:

—¿Quiere Vd. subir á ver á una desgraciada que necesita socorro? En ninguna mejor que en ella podría Vd. satisfacer sus sentimientos caritativos.

La marquesa, después de un instante de reflexión, exclamó resuelta:

—¡Subamos, pues!

Rafaela delante y la marquesa detrás, empezaron á subir las empinadas escaleras que conducían al primer piso, donde había quedado Emilia, quien, al entrar la viajera y la mujer de José María, sollozaba besando á su niño que tenía entre los brazos.

Rafaela apenas hubo entrado se adelantó con rapidez y dijo á su huésped:

—¿No ha oído Vd. hablar de la marquesa del suspiro?

Emilia, conociendo el carácter de aquella visita, cayó de rodillas delante de la señora recién llegada.

La marquesa preguntó á Emilia, viendo aquella actitud:

—¿Es Vd. desgraciada?

—¡Oh! ¡más que ninguna otra!

—¿En qué consiste, pues, su desgracia de Vd? preguntó la marquesa dirigiendo al niño una mirada llena de intención.

Emilia, por toda respuesta, levantó los ojos al cielo impregnados de un denso tinte de amargura.

La marquesa, habiéndose reparado en esta actitud significativa y elocuente, volvió la cabeza hácia Rafaela murmurando:

—¿Podría Vd. dejarnos solas un momento?

Rafaela salió de la habitación.

La marquesa entonces avanzó hácia Emilia, y después de haberla dicho:

—La diligencia va á partir pronto, procure Vd. ser breve, cambió con ella algunas confusas palabras.

Cierto aire desconfiado y malicioso se pintaba en el rostro de la noble señora á medida que Emilia se iba explicando.

Al terminar la conversacion la miraba ya con desden.

Por fin, en actitud de irse, dijo levantándose:

—Tome Vd. esta tarjeta para que no diga que soy cruel; vaya Vd. á Vergara, donde tengo mi establecimiento de caridad; enseñando esta tarjeta á la superiora se encargarán de su niño; es todo lo que yo puedo hacer; no quedará Vd. quejosa de mí. Vd. arrepíentase, llore, aíslese del mundo y huya de sus tentaciones y halagos; sufra con paciencia los remordientos de su culpa; purifíquese con el martirio, entre en un convento de arrepentidas, dé tormento á su cuerpo, renuncie á toda satisfaccion y á todo goce, y acaso Dios la perdone en la otra vida.

Ha cometido Vd. la mayor falta que puede cometerse; piense en la magnitud de su falta y verá lo grande que es. Nuestra religion es implacable con la mujer que pierde su honra. Vaya Vd. á Vergara, deje allí su hijo, sobre cuya vida ha echado Vd. tambien una mancha; la sombra del delito les separa á Vds.; no intente unir lo que Dios desune...

Y colocando la marquesa la citada tarjeta en manos de Emilia con cierto menosprecio, salió de su estancia, mirando hácia atrás, como si temiera que la manchase el contacto de aquella infeliz.

Emilia quedó como aterrada.

Faltábale el aliento.

La expresion de amargura que siempre demostraba el interesante corte de su boca se acentuó más y más.

Palideció hasta lo increíble.

Quedó como extática, sin saber lo que le pasaba.

Miedo tenia de volver la vista á uno y otro lado.

¿Era verdad aquello que habia escuchado?

Si aquella señora virtuosa, á la que tantas veces habia oido elogiar por sus caritativos sentimientos y consoladores socorros á los desgraciados, le habia hablado de una manera tan dura y tan cruel, ¿qué esperanza podria tener ya de encontrar alguno que se apiadase de ella y la protegiese en su desventura!

Las palabras de la marquesa, en lugar de ser para ella consoladoras, fueron verdaderamente gotas de hiel, que una á una cayeron sobre su corazon traspasándole.

Y lo que era más terrible, le atormentaba la idea de que aquellas serian las únicas frases que todos harian resonar en sus oidos.

¿Era su delito causa para tan grande expiacion?

¡Pobre Emilia!

Pensó una vez en si se desprenderia de su hijo y le llevaria al establecimiento de caridad que la marquesa le habia indicado. Por una parte comprendió que este partido seria sumamente ventajoso, pero le hirió la idea de que no podria vivir sola en el mundo, lejos de aquel tierno sér, que temblaba entre sus brazos como la hoja naciente tiembla en la rama de que acaba de brotar.

Desde luego, pues, renunció allá en su interior á tomar este partido.

La verdad es que sufrió un desengaño horrible.

Cuando Rafaela le dijo quién era la recién llegada, el íris de la esperanza brilló ante sus ojos; pero á medida que le fué manifestando la causa de sus dolores, con sinceridad y franqueza, fué cerrándose poco á poco á su vista aquel claro cielo que ofrecia tanto consuelo á su alma.

De tal manera le abatió la inesperada actitud de la mar-